REFLEXIONES DESDE EL EVANGELIO PARA EL PUEBLO CRISTIANO EN GENERAL

JUAN MANUEL DEL RIO LERGA, CSsR.

INDICE

Introducción		3
1-	LA EUCARISTÍA PAN DE VIDA	4
2-	LA FAMILIA SEMILLA DE LA SOCIEDAD	10
3-	LA FRATERNIDAD EN EL TRIGO	16
4-	LA MISERICORDIA CRISTIANA	21
5-	LA ORACIÓN EN ESPÍRITU Y VERDAD	26
6-	LA PALABRA DE DIOS	32
7-	LA SALVACIÓN EN LA IGLESIA	37
8-	LA TEOLOGÍA CRISTIANA	43
9-	LA VIDA CRISTIANA REGALO DE DIOS	52
10-	LA VIDA VISTA DESDE LA FE	57
11-	LOS CRISTIANOS LAICOS	66
12-	LOS DIEZ MANDAMIENTOS SON UNO	71
13-	LOS PRESBÍTEROS	77
14-	LOS SEGUIDORES DE CRISTO	84
Al cierre		90

INTRODUCCIÓN

Amable lector/a:

Este librito, como puedes ver, no es ningún tratado de teología sistemática. Si acaso, unas cuantas *Reflexiones desde el Evangelio para el pueblo cristiano en general*, como dice el título. Por consiguiente, son reflexiones asequibles a toda persona, aunque no haya tenido acceso a estudios teológicos en general. Pero pienso también en la juventud interesada en temas religiosos. Les puede servir de base para ulteriores estudios más en profundidad.

Sin duda que todos tenemos en nuestra propia vida personal experiencias maravillosas de lo religioso; de ese misterio sublime que nos envuelve. El misterio de Dios. Esta experiencia conlleva en cada quien una confianza fundada, a partir de Cristo, para creer que ese Ser inefable al que llamamos Dios, es imprescindible e insustituible en nuestra vida. Es a partir de ese momento cuando entra en acción la fe, que no consiste en saber mucho o poco sobre Dios, sino en ser *"pobres de espíritu"* y dejarse amar y guiar por Él.

Para eso, Cristo nos lo ha puesto fácil al decirnos que Dios es nuestro Padre. Un Padre que es puro amor, que ama a cada uno de sus hijos e hijas a nivel individual, personal. Nos ama a todos, porque Dios es Amor.

Te invito a leerlo. Seguro que te hará bien. Gracias.

-1-

LA EUCARISTÍA PAN DE VIDA

CONTENIDO DE ESTE CAPÍTULO:

-La Eucaristía Pan de vida
-La Eucaristía fuente del perdón
-La Didajé
-Carta de Bernabé
-La Eucaristía tiene sentido misionero
-La Eucaristía, sintonía con la Divinidad

La Eucaristía Pan de vida

Cristo dice en el Evangelio: *"Yo soy el Pan vivo que ha bajado del cielo. El que come de este Pan, vivirá para siempre"* (Jn 6,51). *"El que come mi Cuerpo y bebe mi Sangre habita en mí y yo en él"* (Jn 6,54). *"Esto es mi Cuerpo que es entregado por vosotros, haced esto en memoria mía"* (Lc 22,19). Es el anuncio reconfortante de que, aunque se va, Cristo se queda con nosotros en el misterio de la Eucaristía, sacramento de su presencia en medio de nosotros. Se queda, y lo hace de forma asequible, entendible y familiar: en la realidad del Pan consagrado. Signo y realidad. Porque el pan es alimento universal. Entrega total de su vida.

Sin Eucaristía no hay Comunidad. La Eucaristía constituye el centro de la Comunidad creyente. Para que a nadie le quepan dudas, el tema de la Eucaristía lo anuncia reiteradamente en el Evangelio. San Juan lo narra magníficamente, sobre todo en el capítulo seis. Cristo es reiterativo, para que a todos quede claro, y se comprenda que no se trata de un sueño, una imaginación, ni de un lapsus linguae. Su presencia es real. Comunica vida. Su propia vida. La misma que el Viernes Santo entregó en la cruz por nuestra salvación. Los cristianos captaron esto perfectamente a partir de la Resurrección. *Entendieron entonces lo que se decía de él en las Escrituras* (ver Jn 12,16). Y, así, desde el principio, sus seguidores comenzaron a celebrar la *Fracción del Pan*, como la denominaron al principio. *Fracción*, porque la Eucaristía es banquete compartido. *Pan que se parte y comparte*.

Las primeras Comunidades cristianas sabían perfectamente que no es suficiente con creer lo que dicen las Escrituras. Es necesario ponerlo en

práctica. Por eso, Cristo, al instituir la Eucaristía, dice: *"Haced esto en memoria mía"* (Lc 22, 19). Su deseo y mandato, la Iglesia lo cumplió desde el principio. Los cristianos supieron siempre la necesidad de vivir la fe en Comunidad. Entendieron perfectamente que la Comunidad se construye desde Cristo, cuya presencia está garantizada en la Eucaristía. Lo mismo que supieron que la Eucaristía es el punto de encuentro con Cristo Resucitado. Por eso, la Eucaristía es Sacramento de Resurrección.

La Eucaristía fuente del perdón.

Todos tenemos conciencia de nuestras limitaciones. Somos pecadores. La Iglesia, siendo santa en su fundador, Cristo, es pecadora en nosotros. Es, por consiguiente, una Comunidad santa y pecadora, porque está formada por hombres y mujeres pecadores.

Al elegir Cristo a los apóstoles, sabía perfectamente a quién elegía. Sabía cómo eran. Personas como los demás, ni mejores ni peores que los demás. Eligió a gente normal y corriente para propagar el Evangelio. Y la gente normal y corriente se sabe pecadora, pero redimida por Cristo.

Fue a los apóstoles, y en ellos a toda la Iglesia, al aparecérseles el mismo domingo de la Resurrección, a quienes les dijo: *«Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.»* (Jn 20, 22-23).

A esa Comunidad, la Iglesia, formada por pecadores redimidos, el Concilio Vaticano II la define como *Sacramento de Salvación*. Es ésta una clave preciosa para entender la realidad de la Iglesia. Quien se siente lleno de todo, que nada le falta, no acudirá a nadie. ¿Para qué, si lo tiene todo? En cambio, quien se siente pobre, necesitado, indigente, acude ¿a quién?, a quien ha venido a echarnos una mano. En definitiva, a salvarnos. De ahí que la Eucaristía, es el Sacramento de la gratitud, del amor, de la unidad, y del perdón. Por eso, cuando nos acercamos a la Eucaristía, nos acercamos a recibir el abrazo de la misericordia, de la ternura y del perdón del Señor.

San Pablo dirá: *"Formamos un solo cuerpo los que comemos un mismo pan"* (1Cor 10,16-17). Quienes participan en la Eucaristía, no lo hacen única y exclusivamente a nivel individual, sino como miembros del Cuerpo total, que es la Iglesia, cuya Cabeza es Cristo. De ahí que la Eucaristía sea al mismo tiempo Sacramento de la Unidad.

Cierto es que, incluso dentro de los cristianos, hay tensiones, divisiones. Normal. Somos humanos. Pero bien sabemos también que, por encima de nuestras divisiones está Cristo. Él es la fuerza de nuestra unión. Los cristianos estamos llamados a ser señal inequívoca de la presencia de Cristo en nuestro mundo. La Eucaristía es fuente de Vida. Sentido pleno de Resurrección.

La Didajé

Hay un libro muy antiguo, pero descubierto en 1873. Es conocido como *La Didajé* [(1)], ("Enseñanza de los doce apóstoles"). En él se dice: *"Hay dos caminos, el de la vida y el de la muerte, y grande es la diferencia que hay entre estos dos caminos. El camino de la vida es éste: 'Amarás en primer lugar a Dios que te ha creado, y en segundo lugar a tu prójimo como a ti mismo. Todo lo que no quieres que se haga contigo, no lo hagas tú a otro'…".*

Éste es, cabalmente, el sentido de la Eucaristía: un camino de vida, de amor, donde el amor a Dios y al prójimo se identifican. El amor cristiano no es teórico, no es una metáfora. La *Didajé* va directa al grano, porque la eucaristía es sacramento de vida, y, por consiguiente, de compromiso real. Se concretiza en casos y situaciones que son de acuciante actualidad. Segundo mandamiento de la doctrina: *"No matarás, no adulterarás, no corromperás a los menores, no fornicarás, no robarás, no practicarás la magia o la hechicería, no matarás el hijo en el seno materno, ni quitarás la vida al recién nacido".*

Es evidente que, si se fija en cosas tan puntuales, es porque el problema existía entonces, como existe hoy. Es necesario pues, tener espíritu de discernimiento para saber distinguir y optar entre el bien y el mal. La Eucaristía es el juicio inexorable para la conciencia de la sociedad de hoy y de siempre. Porque, en definitiva, *a todo cristiano*, y a quienes no lo son también, *se le examinará de amor*.

Luego prosigue la Didajé: *"No codiciarás los bienes del prójimo, no perjurarás, no darás falso testimonio. No calumniarás ni guardarás rencor. No serás doble de mente o de lengua, pues la doblez es lazo de muerte. Tu palabra no será mentirosa ni vana, sino que la cumplirás por la obra. No serás avaro, ni rapaz, ni hipócrita, ni malvado, ni soberbio. No tramarás planes malvados contra tu prójimo. No odiarás a hombre alguno, sino que*

a unos los convencerás, por otros rogarás, a otros los amarás más que a tu propia alma…".

Nos preguntamos: ¿Por qué hay, en algunos cristianos, una especie de separación entre la Eucaristía y la vida real? La respuesta se antoja fácil: Para quienes asistir a la Eucaristía no pasa de ser un precepto o mandato de la Iglesia, incluso, un compromiso personal para satisfacer íntimas apetencias de religiosidad, o el cumplimiento de unos determinados compromisos sociales, la Eucaristía les dirá poco o nada. La Eucaristía no es para embellecer determinados actos sociales, sino para, siguiendo el Evangelio, identificarse con Cristo, orar a Dios, reavivar el espíritu de comunión con Dios y con los hermanos. La Eucaristía es un sacramento de, y para, la Comunidad.

Epístola de Bernabé

Es un documento cristiano, conocido como *Epístola de Bernabé* [(2)]. También aquí se parte de los contrapuestos dos caminos. Dice: *"Dos caminos hay de doctrina y de poder: el de la luz y el de las tinieblas".* Y señala: *"Pero grande es la diferencia entre los dos caminos, pues sobre uno están establecidos los ángeles de Dios, portadores de luz, y sobre el otro, los ángeles de Satanás. Uno es Señor desde siempre y por siempre, y el otro es el príncipe del tiempo presente de la iniquidad. El camino de la luz es éste: Si alguno quiere seguir su camino hacia el lugar fijado, apresúrese por medio de sus obras. Ahora bien, el conocimiento que nos ha sido dado para caminar en él es el siguiente: Amarás al que te creó, temerás al que te formó, glorificarás al que te redimió de la muerte. Serás sencillo de corazón y rico de espíritu. No te juntarás con los que andan por el camino de la muerte, aborrecerás todo lo que no es agradable a Dios, odiarás toda hipocresía, no abandonarás los mandamientos del Señor".*

La "*Epístola de Bernabé*" incide también en tres casos concretos: *"No fornicarás, no cometerás adulterio, no corromperás a los jóvenes".* Lejos de ser una doctrina moralizante, es un juicio de valor, un discernimiento de los valores y los contravalores, partiendo de la Eucaristía. Porque la Eucaristía es sacramento de perdón, de misericordia, de amor, de comunión. De ahí que san Pablo dirá: *"Formamos un solo cuerpo los que comemos un mismo pan".* (1Cor 10,17).

Cristo, al instituir la Eucaristía, nos mandó perpetuar su gesto, porque se trata de un acto de Comunidad. En consecuencia, quienes participan en la Eucaristía tienen que sentirse unidos.

Y cuando dice: *"Venid a Mí todos los que estáis cansados y agobiados"* (Mt 11,28-29), estas palabras se entienden perfectamente desde el marco de la Eucaristía. En nuestro mundo hay a veces profundas tensiones y divisiones, tanto en el ámbito social y político, económico y cultural, como en el religioso. En definitiva, un mundo cansado. La solución está en Cristo. El punto de encuentro y de unión con él es la Eucaristía, fuerza transformadora de la comunidad que está llamada a ser presencia de Dios en el mundo en constante transformación.

La Eucaristía tiene sentido misionero

En el libro del profeta Isaías se dice: *"Percibí la voz del Señor que me decía: ¿A quién enviaré? ¿Y quién irá de parte nuestra? Dije: Heme aquí, envíame"* (Is 6,8). Naturalmente, quien se ofrece auténticamente, es Cristo, el Dios hecho Hombre. Siendo Dios y Hombre, todos sus actos tienen valor infinito. Cristo se ofrece como Víctima de propiciación. Cristo sube a la cruz como Víctima del Sacrificio.

Y, en la carta a los Hebreos: *"¡Cuánto más la sangre de Cristo, que por el Espíritu Eterno se ofreció a sí mismo sin tacha a Dios, purificará de las obras muertas nuestra conciencia para rendir culto a Dios vivo!"* (Heb 9,14). Un poco más adelante añade: *"Cristo se ofreció una sola vez para borrar los pecados de todos"* (Heb 9,29).

Cristo vino al mundo por amor a la humanidad. Vino a salvarnos. Libre y voluntariamente ofrece su vida por todos, y se convierte en el Cordero inmolado por la redención de la Humanidad (Jn 1,29). Pero la Eucaristía no termina en sí misma. Tiene un sentido misionero. Es la fuerza para cumplir el mandato de Cristo: *"Id al mundo entero y proclamad el Evangelio"* (Mc 16,15).

La Eucaristía, sintonía con la Divinidad

Una ofrenda hecha a la divinidad, significa, ante todo, sintonizar con la divinidad. Lo cual se convierte en motivo de gozo, de alegría, de fiesta, cuya culminación es siempre el banquete.

Bien sabemos que el Sacrificio de Cristo en la Cruz, en sí mismo, es una tragedia. Y, sin embargo, este sacrificio se convierte al mismo tiempo en un banquete de fraternidad universal. Porque siendo Cristo la Víctima, es también alimento, banquete de fiesta y salvación. Y de acción de gracias, en definitiva, que eso significa Eucaristía.

No es un alimento material, sino sobrenatural. *"Comed, esto es mi Cuerpo". "Bebed, esta es mi Sangre"* (Mt 26,26). Banquete real, pero sobrenatural, de plena sintonía con Cristo, y remisión de los pecados.

Los judíos, cuando Cristo les anunció este misterio, dijeron: *"¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?",* (Jn 6,52). No lo entendieron. Se escandalizaron. Y se fueron. Pero Cristo es claro, taxativo: *"Yo soy el pan de vida. El que viene a Mí ya no tendrá más hambre y el que cree en mí jamás tendrá sed"* (Jn 6,35).

El banquete eucarístico tiene una particularidad. Se trata, como ya se ha dicho, de un banquete sacrificial. Es decir, el alimento es la misma ofrenda. El sacrificio culmina con la consumición de la ofrenda. En el banquete se sintoniza con la divinidad. Sacrificado y comensales se fusionan. Por eso, resulta muy extraño ver gente que acude a misa, pero no comulga. ¿Será que han convertido la misa en una *devoción*? Pero la misa es mucho más que una simple devoción. Es un sacramento de vida. Y de encuentro con nuestro Padre Dios. Cristo, al ofrecerse al Padre nos está ofreciendo a nosotros con Él. De ahí que la Eucaristía sea, definitivamente, centro de la vida misma de la Iglesia, y sintonía con la Divinidad.

---

(1) *La Didajé*: es una obra de la literatura cristiana primitiva compuesta posiblemente en la segunda mitad del siglo I, quizá antes de la destrucción del Templo de Jerusalén (70 d. C), por uno o varios autores, a partir de materiales literarios judíos y cristianos preexistentes.

(2) *La Epístola de Bernabé* es un tratado cristiano escrito en griego, de autor desconocido; consta de 21 capítulos. El nombre se debe a Clemente de Alejandría, a principios del siglo III. Ha sido preservado en el Codex Sinaiticus del siglo IV, donde aparece al final del Nuevo Testamento y antes del Pastor de Hermas.

-2-

LA FAMILIA SEMILLA DE LA SOCIEDAD

CONTENIDO DE ESTE CAPÍTULO:

-La Familia ámbito natural de la vida
-Autoridad de los padres sobre los hijos
-La familia en el devenir histórico
-La familia realidad humana y cristiana
-El matrimonio realización del amor humano
-¿Existe la Familia ideal?

La Familia ámbito natural de la vida

Nadie nace por generación espontánea. Todos venimos de unos padres. La experiencia, la observación, la naturaleza, y el sentido común, nos dicen que la Familia es el ámbito natural de, y para, la vida. La Familia es, antes que nada, la primera comunidad natural, formada por los padres y los hijos. Circunstancialmente, otras personas.

La Familia es una institución, natural, necesaria, autónoma y social. Es el cauce natural para reproducir la vida, para protegerla y perpetuarla. Es la semilla de la sociedad. De ahí se sigue, respetar la dignidad de sus propios miembros, respetar la dignidad de los demás, espetar el orden de la misma naturaleza, respetar la ley natural y moral, respetar los derechos propios y de los demás

La Familia es sujeto de derechos y obligaciones. Los derechos son, la vida, la integridad, la propiedad, la subsistencia, el trabajo, la educación, tanto de los padres como de los hijos.

Autoridad de los padres sobre los hijos

La autoridad consiste en la protección de los hijos. Esa autoridad conlleva, la educación a todos los niveles, como es la educación tanto en sentido personal como social, o ciudadano. En la educación entra también el aspecto emocional, espiritual, y religioso.

La autoridad conlleva también unas obligaciones, como es defender la vida propia y ajena; defender los intereses propios y ajenos; contribuir al

bienestar propio y ajeno; colaborar en el bien común. Por todo esto y mucho más, es claro que la Familia es el ámbito natural de la vida.

La familia en el devenir histórico

La familia, siendo una realidad permanente y estable, está sometida al devenir histórico. Vista desde de la historia, la familia es una institución humana que a veces entra en crisis por la poligamia, el divorcio, y la llamada violencia de género.

La familia, vista desde la Biblia, es una *institución patriarcal*, sobre todo a partir de Abraham: *"Mira el cielo, y si puedes, cuenta las estrellas. Así será tu descendencia"* (Gn 15,5).

Vista desde los profetas, la familia es un signo de la Alianza de Dios con el Pueblo: (ver, Os 1-3; Jer 16,1-14).

La familia es obra de Dios: (Gn 1, 26-31; 2,18-23). Es reflejo de Dios, que es trinidad y unidad. Y, finalmente, la familia es sacramento de Cristo. Es Cristo quien la ha elevado a la dignidad sacramental, y la quiere indisoluble: (Mt 19,3-9; Mc 10,1-12; Lc 16,18).

Es también signo del amor de Cristo a la Iglesia: "Este es un gran misterio, y yo digo que se refiere a Cristo y a la Iglesia" (Ef 5,32).

La *Lumen Gentium* [(1)], hablando del matrimonio cristiano, dice: *"Los cónyuges cristianos, en virtud del sacramento del matrimonio, por el que significan y participan el misterio de unidad y amor fecundo entre Cristo y la Iglesia (cf. Ef 5,32), se ayudan mutuamente a santificarse en la vida conyugal y en la procreación y educación de la prole, y por eso poseen su propio don, dentro del Pueblo de Dios, en su estado y forma de vida. De este consorcio procede la familia, en la que nacen nuevos ciudadanos de la sociedad humana, quienes, por la gracia del Espíritu Santo, quedan constituidos en el bautismo hijos de Dios, que perpetuarán a través del tiempo el Pueblo de Dios. En esta especie de Iglesia doméstica los padres deben ser para sus hijos los primeros predicadores de la fe, mediante la palabra y el ejemplo, y deben fomentar la vocación propia de cada uno, pero con un cuidado especial la vocación sagrada".* (LG nº 11).

La familia es esencial a todos los niveles. Y más como testimonio y ejemplo. Así, por ejemplo, la *Gaudium et Spes* [(2)] dice: *"La familia es escuela del más rico humanismo. Para que pueda lograr la plenitud de su vida y misión se requieren un clima de benévola comunicación y unión de*

propósitos entre los cónyuges y una cuidadosa cooperación de los padres en la educación de los hijos. La activa presencia del padre contribuye sobremanera a la formación de los hijos; pero también debe asegurarse el cuidado de la madre en el hogar, que necesitan principalmente los niños menores, sin dejar por eso a un lado la legítima promoción social de la mujer" (GS nº 52).

La familia realidad humana y cristiana

Amor. Esa palabra tan manida de tanto repetirla, si en algún sitio tiene su ubicación perfecta es en la familia. La familia está hecha de amor. Y el amor es dinámico. Por eso, en el matrimonio el amor se convierte en un proyecto de vida en común. Es en el matrimonio donde la sexualidad adquiere la dimensión esencial del amor del ser humano. Un matrimonio sin amor carece de sentido. El matrimonio es lugar adecuado para la realización de la persona que, en la aceptación mutua de la otra persona, integran los valores como varón y mujer. Y están abiertos a la vida: los hijos.

El matrimonio realización del amor humano

La persona está programada para amar y ser amada; está orientada y abierta desde la sexualidad personal al matrimonio.

El amor en el matrimonio es una realidad humana. Pero también una realidad divina. Es el sacramento el que integra las dos realidades.

La *Familiaris consortio* [(3)] advierte en la introducción misma: *"La familia, en los tiempos modernos, ha sufrido quizá como ninguna otra institución, la acometida de las transformaciones amplias, profundas y rápidas de la sociedad y de la cultura. Muchas familias viven esta situación permaneciendo fieles a los valores que constituyen el fundamento de la institución familiar. Otras se sienten inciertas y desanimadas de cara a su cometido, e incluso en estado de duda o de ignorancia respecto al significado último y a la verdad de la vida conyugal y familiar. Otras, en fin, a causa de diferentes situaciones de injusticia se ven impedidas para realizar sus derechos fundamentales"* (nº 1).

A lo largo del tiempo, la familia ha estado sometida, tanto positiva como negativamente, al devenir de la historia. Las transformaciones que se producen en la sociedad y la cultura repercuten en la familia. Esto es natural e irremediable. Pero los resultados son muy diferentes. Mientras unas

familias pierden los valores heredados del pasado, otras los refuerzan. Y puede que surjan otras que marquen un cambio de paradigma o modelo en sintonía con la evolución de los tiempos. Lo mismo que no existe una sola raza humana en el mundo, igualmente no existe un único modelo de familia. Existe la familia en cuanto tal, pero múltiple y plural a todos los niveles de costumbres, comportamiento, y modos de vivir.

Hay algo que nunca se perderá, no en la familia, sino en el individuo: es el sentido religioso, que no radica en la familia en cuanto tal, sino en el hombre y la mujer que la forman. El sentido religioso está impreso en la genética del ser humano. Al conformar una familia, el hombre y la mujer que la inician aportarán, o no, este sentido religioso. Quien marca el devenir de la familia es la pareja. La familia lo es desde el momento en que un hombre y una mujer se unen en pareja estable. De otro modo la familia sería un ente de razón. Pero hombre y mujer son distintos en muchos sentidos, por ejemplo, el religioso. Pueda que uno sea creyente y el otro no. Pero lo que hace que se forme e inicie una familia no es la creencia o increencia religiosa, sino el amor. Si bien la fe es garantía de preservar el don del amor, y otros valores.

Con el tiempo la gente cambia. Puede que el marido pase de lo religioso, cualquiera sea su religión, y la esposa no, o al revés. Y puede que, en un momento dado, los dos se pongan de acuerdo para asumir el don de la fe. Porque si hay amor verdadero, no simple enamoramiento, y peor sería una simple unión de conveniencia, en algún momento aflorará el sentido religioso que subyace en cada ser humano, independientemente de la religión a que pertenezcan. Aunque aquí, como es natural, nos referimos a la familia cristiana.

Y bien, así planteadas las cosas, la familia es imprescindible para la marcha de la humanidad. Porque la familia es la realización del plan de Dios sobre el Hombre, varón y mujer: *"Creced y multiplicaos"* (Gn 1,28).

Para los cristianos el matrimonio es un sacramento, es decir, signo del amor de Dios en Cristo. Signo del amor de Cristo a la Iglesia. Y signo de la misma Iglesia. Por eso, el matrimonio, y por consiguiente, la realidad de la familia, están llamados a ser testigos del amor y de la presencia del Dios en el mundo.

¿Existe la Familia ideal?

Siendo la familia una institución de orden natural, por más que esté llena de valores, nunca, sin embargo, podrá alcanzar el listón o marca que pudiera llamarse “ideal”.

La familia ideal no existe, ni va a existir. Porque está abocada, no en lo substancial, pero sí en lo accidental, al vaivén de la contingencia. El día al día, y el cotidiano roce con el ambiente le pone límites a esa meta ideal.

La familia se mueve entre dos realidades: lo que podríamos llamar lo esencial y lo contingente. Está marcada por las obligaciones y deberes. También por el consumismo y por la privacidad.

Pero la familia contiene en sí misma una personalidad que le lleva a valorarse a sí misma, y a tener sentido, por ejemplo, de la solidaridad. De ahí que, las obligaciones y deberes hacen que la Familia no se limite sólo a sí misma; se debe también a los demás. Porque también depende de los demás.

El incumplimiento de cualquiera de ambos términos, obligaciones y deberes, puede ocasionar situaciones conflictivas que redundarán en la precariedad o contingencia.

El consumismo, es uno de los factores que más pueden desestabilizar a la familia. Y, en cuanto al factor privacidad, es éste un valor a la baja en la actualidad. Comenzando por los medios de comunicación social, son cada vez más los factores que inciden para que la familia goce menos cada día de este privilegio de la privacidad. Estando en un tiempo donde los avances científicos y técnicos son tan maravillosos, y hacen que estemos tan bien intercomunicados, tienen, sin embargo, su contrapartida. Estamos pendientes del móvil, o celular, a todas horas. Hay cuatro personas sentadas en una mesa tomándose un café, o una cerveza, y las cuatro están hablando por el móvil. ¿Dónde queda la comunicación *vis a vis*?

¿Vamos hacia un tipo de familia que se parece más a la oficina de una empresa, donde cada quién está con su ordenador y su teléfono, que a una comunidad de personas? Es un signo de los tiempos, o quizá mejor, una realidad que vale la pena tener en cuenta, porque afecta sin duda al estilo de vida familiar.

Otro factor muy a tener en cuenta, es el que se nos presenta, de poder controlar la procreación de modo calculado y científico, cosa que no ocurría en el pasado inmediato. Esto significa que en la familia va a primar más la razón que el corazón, lo calculado que lo afectivo.

A pesar de todo, y sin caer en la utopía de la familia ideal: la familia seguirá siendo el ámbito humano y privilegiado de comunión, es decir, de la relación interpersonal. Porque la familia es la escuela del más rico humanismo, porque su base es el amor.

Es una gran riqueza para la familia saberse poseedora de una serie de valores que forman su núcleo central y que la hacen solidaria con el conjunto de la sociedad que, a su vez, también está constituida por el conjunto de todas las familias.

---

(1) *Lumen Gentium,* es una de las cuatro constituciones promulgadas por el Concilio Vaticano II.

(2) *Gaudium et Spes* es el título de la única constitución pastoral del Concilio Vaticano II. Trata sobre «la Iglesia en el mundo contemporáneo».

(3) *Familiaris consortio,* es una exhortación apostólica del papa San Juan Pablo II, promulgada el 22 de noviembre de 1981.

-3-

LA FRATERNIDAD EN EL TRIGO

CONTENIDO DE ESTE CAPÍTULO

-La comparación
-Autoexamen
-Desandar Emaús
-Caminar juntos
-Rompiendo nuestra lógica

La comparación

"El Reino de los cielos se parece a un hombre que sembró buena semilla en su campo…" (Mt 13,24-30). Así comienza Cristo a narrar la parábola del trigo y la cizaña. En resumidas cuentas, el labrador ha sembrado buen trigo sobre la tierra previamente preparada. De pronto nota que junto a los tallitos del trigo que comienza a nacer están surgiendo también extraños yerbajos. Unos y otros comienzan a tejer una preciosa alfombra verde que el viento pronto hará ondular sobre la campiña.

Naturalmente, cunde la preocupación. ¿Qué hacer? ¿Arrancar las malas hierbas? Se corre el peligro de arrancar también el trigo. Solución: dejarlos crecer juntos. Esta parábola es la viva imagen del mundo de los humanos. Gente buena y gente mala, todos a la par, formamos la sociedad. La separación efectiva se llevará a cabo el día del Juicio final.

Mientras tanto, fijémonos únicamente en el trigo. Muchos granos unidos terminarán convirtiéndose en un sabroso y rico pan, alimento básico de gran parte de la humanidad. ¿Hay algo más sabroso y gratificante que una comida en fraterna hermandad? Por eso, cabalmente, podríamos llamar *la fraternidad del trigo* a la Eucaristía, por convertirse ese trigo en el Pan de los hijos de Dios.

Ser grano de trigo, tan pequeño, es ser parte de un todo, tan grande. Ese todo es la Eucaristía. Cristo es todo para todos. Pan que se parte, reparte y comparte en comunidad. El centro de la cristiandad, y por ende de la Iglesia, es la Eucaristía, Sacramento del Amor de Dios a todos sus hijos, buenos y malos. Y centro de la unidad. Por eso, el cristiano, consciente de serlo, sabe que es puente de unión con todos sus hermanos, los hombres y mujeres de buena voluntad. *El amor construye puentes*.

El papa Francisco escribe la *Fratelli tutti* [1] por una cuestión importante y concreta. Como él mismo dice: *"Las cuestiones de fraternidad humana y amistad social siempre han sido una preocupación mía"* (nº5). Y explica por qué la escribe: *"Entrego esta encíclica social como un humilde aporte a la reflexión para que, frente a diversas y actuales formas de eliminar o de ignorar a otros, seamos capaces de reaccionar con un nuevo sueño de fraternidad y de amistad social que no se quede en las palabras"* (nº 6).

No podemos ignorar al otro. Y trae el ejemplo evangélico de *el Buen Samaritano* (Lc 10, 25-37). Todos estamos llamados –al igual que el buen samaritano– a estar cerca del otro, superando prejuicios, intereses personales, barreras históricas o culturales. *"Hoy estamos ante la gran oportunidad de manifestar nuestra esencia fraterna, de ser otros buenos samaritanos que carguen sobre sí el dolor de los fracasos, en vez de acentuar odios y resentimientos"* (nº 77). El amor construye puentes, dice el papa Francisco, porque *"Estamos hechos para el amor. Hay en cada uno de nosotros «una ley de éxtasis: salir de sí mismo para hallar en otro un crecimiento de su ser»* (nº 88).

Desde el trigo de la fraternidad, la Eucaristía, todos somos corresponsables en la construcción de una sociedad que sepa incluir, integrar y levantar a los que han caído o sufren por culpa de una sociedad ahíta de materialismo.

Autoexamen

Antes de comenzar la predicación de la Buena Nueva, Cristo se retiró al desierto. Fue un retiro voluntario, para una toma de conciencia de su propia personalidad y de la responsabilidad que adquiría ante Dios, ante el mundo y ante sí mismo. Y, lo primero que hizo, ponerse oración, que es el mejor modo de mirar hacia dentro de sí mismo y al mismo tiempo mirar a Dios.

Toda persona está necesitada de someterse a un proceso de identidad personal, cuánto más, tratándose de un seguidor de Cristo. No es bueno moverse en la ambigüedad, tentación ésta que se le plantea fácilmente al cristiano. Precisamente porque se mueve siempre en el camino de la fe. Pero quien se decide por Cristo debe hacerlo de una vez para siempre.

Tras esa toma de conciencia, Cristo tiene clara su mesianidad. Pero quiere que también nosotros la tengamos de él. Es el Hijo de Dios. Y siendo nosotros sus seguidores, quiere que valoremos al mismo tiempo nuestra

dignidad y grandeza de hijos de Dios. Será el mejor modo de que también valoremos a los demás, como el papa expresa en la *Fratelli tutti*.

Desandar Emaús

Nuestra fe en Cristo, el Hijo de Dios, no parte de su predicación. También los profetas predicaron. Parte de su Resurrección. Ahí está la clave de nuestra fe, nuestra identidad cristiana.

Curiosamente, el mismo día de la Resurrección, ocurre algo singular. Se ha corrido la voz de que ha resucitado, desde el momento mismo en que las mujeres han ido al sepulcro y, al encontrarlo vacío, han avisado a Pedro. Pedro y Juan certifican la veracidad de los hechos. Pero hay dos discípulos que, a pesar del revuelo que se arma, se marchan a su aldea, no lejos de Jerusalén: *Emaús*.

Por el camino se les une Cristo, sin darse a conocer. Los catequiza. Les hace un repaso de arriba abajo de las Escrituras. Llegan a la aldea. Le invitan a que se quede con ellos, porque ya es tarde. Nada más sentarse a cenar lo reconocen. Cristo desaparece. La reacción de ellos es asombrosa. Se levantan y se ponen en marcha, desandando el camino. Les urge avisar a los demás discípulos, que están en Jerusalén, la gran noticia. También éstos están enterados, porque también a ellos se les ha presentado Cristo.

A partir de este momento, bien puede decirse que Emaús, bíblicamente hablando, no es un lugar para quedarse, sino lugar de ida y vuelta. De encuentro con el resucitado, y de ponerse en marcha para anunciar la gran noticia: Cristo vive, Cristo ha resucitado.

A Emaús habría que llamarlo, en primer lugar, el camino de la desesperanza. San Lucas es el que relata ampliamente los hechos (Lc 24, 13-35). Pero, en segundo lugar, habría que llamarlo el camino de encuentro. Con Cristo y consigo mismo, porque es el despertar de una fe dormida.

Caminar juntos

El hecho de caminar juntos, de hacer el camino juntos, produce seguridad, unión, apertura, solidaridad, y la posibilidad de que ese caminar no sea estéril. Emaús, fundamentalmente, es encuentro con quien debemos encontrarnos en nuestra vida personal. Primero con Cristo Resucitado, luego con el prójimo.

Necesitamos abrir las ventanas del alma para que entre la luz radiante de quien nos va iluminando las ideas y pone fuego en el corazón. Necesitamos invitar a cenar a los demás para que se nos abran los ojos a una fe sin fisuras.

Emaús es camino de ida y vuelta que nos ayuda a madurar la fe y conocer de verdad a Cristo. Y, de este modo, comunicar la fe. Porque la fe, si no se comparte caduca. Compartirla, sobre todo, con los más escasos de esperanza.

Rompiendo nuestra lógica

¿Dónde mejor que una boda para compartir el pan material con gozo y alegría comunitaria? Hay dos pasajes preciosos en el Evangelio. En uno, sí se comparte el pan y el vino, trasunto de Eucaristía por la presencia de Cristo, con alegría: *la boda de Caná*. Está narrada por san Juan (Jn 2,1-11).

El otro pasaje es una parábola. La cuentan san Juan (Jn 2,1-14) y san Lucas (Lc 14,16-24). *"El Reino de los Cielos es semejante a un rey que celebró el banquete de bodas de su hijo. Envió sus siervos a llamar a los invitados a la boda, pero no quisieron venir…"*.

He aquí una extraña parábola. Aparentemente no es una parábola lógica. Eso, aparentemente. ¡Y vaya que sí lo es! Vamos por partes. Quien celebra la boda de su hijo es nada menos que el rey. Por consiguiente, el hijo es nada menos que el príncipe. Cuando el rey manda a sus criados que avisen a los invitados que es ya la hora de presentarse porque todo está dispuesto y el banquete va a dar comienzo, llega lo inesperado: Los invitados le boicotean. Le dejan en cuadro. No acuden. Y para colmo, maltratan y hasta dan muerte a quienes vienen a avisarles.

No es una boda cualquiera. Se trata de una boda real. Y los reyes, que sepamos, no se codean con los de abajo, sino con los de arriba. Pero mira por dónde, lo impensable se hace realidad. Los amigos lo dejan plantado.

¿Qué nos quiere dar a entender Jesús con este pasaje? Que la lógica de Dios no es nuestra lógica. Nosotros dividimos la sociedad en dos mitades: los de arriba y los de abajo. Es decir, los ricos y los pobres. Pero Dios no hace distinciones. Para Dios todos somos iguales. Todos somos sus hijos. Pero nos pide un comportamiento de hijos.

Las consecuencias del boicot hecho al rey no se hacen esperar. El rey monta en cólera y manda aniquilar a todos los que le han hecho quedar en

ridículo. A continuación, invita a los pobres que andan por las encrucijadas de los caminos, a los parias de la sociedad. Y naturalmente, la sala se llenó. ¡Vaya sorpresa que se llevaron los mendigos, los parias de la sociedad! ¡Quién les iba a decir a ellos que, al menos por un día, iban a comer opíparamente, y nada menos en la boda del hijo del rey! ¡Ni en sueños!

Pero es en este momento cuando se produce otra aparente falta de lógica. El anfitrión, nada menos que el rey, entra a saludar a los nuevos y sorprendidos comensales. Caras alegres, rostros agradecidos. Pero de pronto, se fija en uno de los comensales. *"Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin traje de boda?".* Cabe preguntarse: ¿qué traje de boda podía llevar un pobre mendigo que, seguramente, no tenía más ropa que la que llevaba puesta?

Sin embargo, esta parábola tiene más lógica de lo que parece. De sobra sabe el rey que aquellos son pobres de solemnidad. Luego no es un vestido de fiesta lo que exige. De sobra sabe que no lo tienen. Pide que se presenten limpios, aseados. Una cosa es ser pobre, y otra no ser limpio. Quien está sucio por fuera, y peor aún por dentro, ¿qué comunidad puede constituir? Sólo un corazón limpio ayuda a formar comunidad en la que se comparte fraternalmente el Pan de La Eucaristía, formando un solo Cuerpo con Cristo.

Ser un solo cuerpo significa también amarse. Es el mandamiento que Cristo nos ha dado: *"Amaos como yo os he amado"* (Jn 13,34). Más que un mandamiento, es una gracia. Porque es amar con el Corazón de Dios. Lo que implica ser servidor de todos, poniendo en actitud de disponibilidad todo lo que somos y tenemos.

Esto se aplica a todo cristiano. Lo mismo al laico que al sacerdote ministerial. Al sacerdote hay que exigirle incluso más, en razón de la preparación que ha recibido, y el compromiso adquirido. Por más que muchas veces el sacerdote esté solo frente a una responsabilidad inmensa y a decisiones delicadas. Por amor a Cristo, a quien sirve, y a sus hermanos los fieles cristianos, incluso no cristianos, debe saber vivir sin echar raíces allí donde está, sabedor de que en cualquier momento puede ser trasplantado a otro lugar donde sea necesaria su labor. Será la mejor manera de ayudar a bajar de la cruz a tanto crucificado como hoy podemos encontrar en nuestro mundo.

En el amor reside la verdadera salvación. Lo que salva es la fidelidad al verdadero amor que es Dios, manifestado en Cristo.

---

(1) *Fratelli Tutti* (Hermanos todos), es la tercera encíclica del papa Francisco, octubre de 2020.

-4-

LA MISERICORDIA CRISTIANA

CONTENIDO DE ESTE CAPÍTULO:

-Dolor moral y dolor físico
-Hora de hacer revisión
-Crecer en Cristo y en la Iglesia
-Hay crisis de crecimiento
-Derechos y obligaciones
-Relaciones internacionales

Cristo, visto en cuanto hombre, no fue un místico, si por místico entendemos, como suele decirse, "andarse por las ramas". Fue un hombre metido de lleno en la realidad de las personas. Vino al mundo para salvarnos. Tampoco vino a salvar "*almas*", sino personas concretas. Y, en consecuencia, si hay algo que resalte con más fuerza el evangelio es precisamente la misericordia del Señor para con todos. Buenos y malos. Pero su misericordia se acentúa más cuando se trata de personas necesitadas.

A Dios le duele el dolor y el sufrimiento de la gente. Y Cristo, que es Dios y Hombre verdadero, afirma: *"No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos"* (Mc 2,17).

Los sentimientos de Cristo para con las personas, sobre todo las más necesitadas, son de compasión. No quiere que nadie sufra. Por eso trata de suprimir, o al menos, aliviar el sufrimiento, y el dolor.

San Pablo dirá que el dolor entró en el mundo por el pecado. Desde el enfoque y contexto que el apóstol le da, sin duda. Teológicamente el dolor entra en el mundo por el pecado. Pero se trata del dolor moral. En cambio, el dolor físico es propio de la naturaleza. Imaginemos al respecto que un día Adán y Eva estuvieran jugando a columpiarse en las ramas de algún árbol del paraíso, y, de pronto, la rama se rompe y se caen. En el batacazo "verían las estrellas", como suele decirse.

Dolor moral y dolor físico

Efectivamente, una cosa es el dolor moral (teológico) y otra, el físico (naturaleza). Es más, Cristo trata de aliviar tanto uno como otro. Por eso

perdona a los pecados (dolor moral), pero también cura a los leprosos, paralíticos, etc., (dolor físico).

De ahí que la compasión no sea una virtud más en nuestra vida, sino una manera de parecernos a Dios. Cristo dice: *"Sed misericordiosos como vuestro Padre Dios es misericordioso"* (Lc 6,36).

Cualquier obra hecha sin el aval de la misericordia, de poco o nada sirve. Terminarán siendo obras buenas, altruistas, propias de una ONG, pero no de una Iglesia que, para serlo, necesita ser una prolongación de Cristo en el mundo. A propósito de esto, en la *Dives in misericordia* [(1)], el papa san Juan Pablo II escribe: *"La mentalidad contemporánea, quizás en mayor medida que la del hombre del pasado, parece oponerse al Dios de la misericordia y tiende además a orillar de la vida y arrancar del corazón humano la idea misma de la misericordia"* (n.2).

Hora de hacer revisión

Lo mismo que un comerciante necesita revisar su negocio, así los humanos necesitamos hacer de vez en cuando *revisión de vida*. Lo mismo ocurre con la Iglesia. Necesita preguntarse si muchas de sus obras llegan a alcanzar la línea de flotación de la compasión y la misericordia, en el sentido del evangelio.

Las obras buenas, por ejemplo, dar limosna, que cualquiera podemos realizar, a veces, son más la forma de aquietar la conciencia, que una obra indicada por el Evangelio. Tanto la Iglesia, como los cristianos, estamos urgidos de ser signos de la misericordia de Dios.

El Evangelio no se mueve en la línea de lo espectacular, sino de la cercanía.

Crecer en Cristo y en la Iglesia

Toda vida, por principio, está llamada a desarrollarse, a crecer. En este sentido, cuando se habla, pongamos por caso, del Sacramento de la Confirmación, suele decirse que es la edad de la fe adulta en Cristo.

La vida no se estanca. Está siempre en crecimiento. Sucede lo mismo con la fe. Siempre necesita estar en crecimiento. Para lo cual, entra en juego la propia responsabilidad personal.

Así como en el Bautismo se trata de nacer para Dios. En el Sacramento de la Confirmación se trata de que esa vida en Cristo crezca y llegue a la más alta plenitud posible.

Por eso, la Confirmación es el Sacramento de la plenitud en Cristo, pero también el Sacramento de la madurez en la Iglesia. Así como a un niño no se le puede exigir la madurez de un adulto, por el contrario, al adulto sí.

Cristo, en su lenguaje habitual de explicar su mensaje, habla de la fe como de un crecimiento. Y pone el ejemplo del grano de mostaza. Semilla pequeña, pero que crece, se desarrolla, y hasta los pajarillos vienen a hacer los nidos en sus ramas (Mc 4, 31-32).

Esto mismo sucede en la vida sobrenatural. Dios ha sembrado su vida divina en nuestra alma por el Bautismo. Ahora, por el Sacramento de la Confirmación, esa vida se va desarrollando. Pero no estamos solos en ese crecimiento. El Espíritu de Dios es quien actúa, para ir configurándonos en Cristo. De este modo, adquirida nuestra madurez cristiana, estamos también capacitados para ser misericordiosos.

Hay crisis de crecimiento

Es un hecho de experiencia. Hay crisis de crecimiento espiritual porque hay crisis de valores humanos; tanto a nivel personal como colectivo. No podemos aducir como excusa que estamos en tiempo de pandemia por culpa de tal o cual virus y sus ramificaciones. La crisis es anterior. Se ha inclinado la balanza del lado del materialismo. Hemos marginado la espiritualidad. Así las cosas, difícilmente podremos poner en práctica la misericordia. Mucha gente, hoy, no sigue a Cristo, ni su mensaje.

San Pablo escribía a los romanos que ya era *"hora de espabilarse"* (Rom 13,11). Y lo más curioso, les dice que *"no se acomoden al tiempo presente"* Rom 12,2). El tiempo presente, de aquel entonces, era tiempo de paganismo. ¿Y el de hoy? También. Hoy priman otros valores, como es el *tener* más que el *ser*.

Así las cosas, no hay que lamentarse de si hay o deja de haber crisis. De si corren buenos o malos tiempos. Las lamentaciones no solucionan los problemas. Hay que ponerse en acción. Lo cual significa que hay que tomar en serio a Cristo.

Podemos pasarnos la vida gritando contra las tinieblas, que éstas no desaparecerán. Pero basta encender una cerilla y las tinieblas huyen. El

enemigo de las tinieblas no es la voz, sino la luz. Y la luz en este caso significa que los cristianos debemos espabilarnos.

Hoy, el desafío de los cristianos, y por consiguiente de la Iglesia, es tomarse en serio la evangelización. Es decir: anunciar a Jesucristo resucitado. Fue su mandato: *"Id y proclamad la Buena Nueva"* (Mt 28).

En la *Evangelii Nuntiandi* [(2)], ya el papa Pablo VI explicaba cómo toda la evangelización arranca de Cristo; que la misión esencial de la Iglesia es llevar el Evangelio a todos los hombres; que la evangelización consiste en anunciar el Amor del Padre revelado por Cristo en el Espíritu. En consecuencia, urge afrontar de modo especial el problema del secularismo ateo, que vacía al hombre de los necesarios preámbulos para la fe en Cristo.

La misma idea aparece también en la encíclica *Redemptoris Missio* [(3)] del papa Juan Pablo II, (nn. 21-30).

La evangelización necesita hacer hincapié en que urge pasar de un mundo centrado en la economía a un mundo centrado en los valores de la persona. Y entre esos valores están la libertad individual, la participación en todo lo relacionado con el mundo laboral, la participación real en el gobierno de los pueblos, el mundo precioso de la cultura, tan distinta, y por plural tan rica. El progreso de los pueblos, sin excepción.

Derechos y obligaciones

Todos nacemos con *derechos y obligaciones*. Tenemos derecho a la vida, a la integridad corporal, alimento, vestido, vivienda, asistencia médica, seguridad…, tal como señala la *Pacem in terris* [(4)] (PT 11).

Igualmente tenemos derecho a elegir y profesar, en privado y en público, la religión: (PT 14). Derecho a elegir el estado de vida que se prefiera: *"Tienen los hombres pleno derecho a elegir el estado de vida que prefieran, y, por consiguiente, a fundar una familia, en cuya creación el varón y la mujer tengan iguales derechos y deberes, o seguir la vocación del sacerdocio o de la vida religiosa"* (PT 15). Derecho a la propiedad privada: (PT 21). Derecho a residir y emigrar: (PT 25), etc. Los derechos son inviolables porque dimanan de la misma naturaleza humana: (PT 9).

En cuanto a las *obligaciones*, está en primer lugar *respetar los derechos ajenos*: (PT 30). Colaborar en la construcción de un mundo mejor, basado en el progreso, la justicia y la paz. Esto implica y conlleva que haya bienes para todos: producción suficiente, distribución justa, tal como indica

la *Mater et magistra* [5] : *"Han de considerarse como exigencias del bien común nacional: facilitar trabajo al mayor número posible de obreros; evitar que se constituyan, dentro de la nación e incluso entre los propios trabajadores, categorías sociales privilegiadas; mantener una adecuada proporción entre salario y precios; hacer accesibles al mayor número de ciudadanos los bienes materiales y los beneficios de la cultura; suprimir o limitar al menos las desigualdades entre los distintos sectores de la economía —agricultura, industria y servicios—; equilibrar adecuadamente el incremento económico con el aumento de los servicios generales necesarios, principalmente por obra de la autoridad pública…"* (MM 79).

Relaciones internacionales

Todos los países son independientes y autónomos, y, al mismo tiempo, interdependientes entre sí: *"Sus relaciones deben regularse por las normas de la verdad, la justicia, la activa solidaridad y la libertad. Porque la misma ley natural que rige las relaciones de convivencia entre los ciudadanos debe regular también las relaciones mutuas entre las comunidades políticas"* (PT 80). Se necesita, pues, la mutua colaboración entre todos, tanto entre las personas particulares, como entre las distintas naciones, creando un clima de convivencia internacional pacífico.

De esta manera estaremos poniendo en práctica la misericordia y compasión, que, antes que cristianas, son virtudes humanas; anteriores, por consiguiente, a cualquier religión. Porque, como dijo el papa Francisco a la Curia romana: *"La misericordia no es un sentimiento pasajero, sino la síntesis de la Buena Noticia; es la opción de los que quieren tener los sentimientos del Corazón de Jesús, de quien quiere seriamente seguir al Señor, que nos pide: «Sed misericordiosos como vuestro Padre»* (Mt 5,48; Lc 6,36)" [6].

---

(1) *Dives in misericordia,* segunda encíclica del papa Juan Pablo II, sobre la misericordia divina, publicada el 30 de noviembre de 1980.

(2) *Evangelii Nuntiandi*, Exhortación apostólica del Papa Pablo VI que trata de la Evangelización en el mundo actual, 8 de diciembre de 1975.

(3) *Redemptoris Missio*, es una Encíclica del papa Juan Pablo II, sobre la permanente validez del mandato misionero, publicada el 7 de diciembre de 1990.

(4) *Pacem in terris*, última de las ocho encíclicas del papa Juan XXIII, del 11 de abril de 1963.

(5) *Mater et magistra*, carta encíclica del papa Juan XXIII promulgada el 15 de mayo de 1961.

(6) *Discurso navideño a la Curia romana*, del papa Francisco (n. 12, año 2015).

-5-

LA ORACIÓN EN ESPÍRITU Y VERDAD

CONTENIDO DE ESTE CAPÍTULO:

-Orar en espíritu y verdad
-Un grito ahogado en el ser humano
-La oración cristiana
-En la cultura de la imagen
-La oración es comunicación
-Para orar es necesaria la fe
-Cuando falta dinamismo cristiano

Orar en espíritu y verdad

En todas las religiones existe la oración. Es una necesidad imperiosa en todo ser humano. Es una forma de buscar, y tratar de encontrar, seguridad. ¿Razón? El hombre, varón y mujer, a la hora de la verdad, se siente solo y desamparado. Necesita, pues, apoyarse en alguien, es decir, en Dios. De este modo, acude a la oración. Y lo hace, prácticamente, de modo instintivo.

Pero está también la oración hecha de modo consciente. Unas veces consistirá en buscar ayuda. Otras, en dar gracias. El sentirse a sí mismo desvalido, indigente, desprotegido, necesitado, le lleva a implorar. También a ser agradecido. Es una oración espontánea. Los formularios de oración corresponden a una etapa posterior, según el desarrollo evolutivo de sus apetencias, actitudes, aficiones, educación humana y religiosa, etc. Lo importante es orar en espíritu y verdad.

El ser humano se siente transcendido. Intuye, todo su ser se lo dice, que hay *Alguien* por encima de él. Por lo mismo, ha buscado, busca y buscará siempre, a ese *Alguien* que le trasciende, y que los creyentes llamamos *Dios*. Incluso el no creyente, si es que en la más profunda realidad existencial hay alguien que de verdad pueda *no ser creyente*, y que se empeñe en decir que no cree en Dios, en determinado momento acudirá a la oración. Que, naturalmente, no se parecerá a lo que habitualmente entendemos por oración. Pero algún rasgo tendrá de la misma. Todo porque, en realidad, estamos programados para la transcendencia. Y esto no depende de nosotros mismos. Hay fuerzas y realidades que nos superan, de las que uno no se puede liberar.

No importa que no lleguemos a entender todo aquello que nos supera y nos transciende.

Un grito ahogado en el ser humano

Ese grito ahogado que hay en el ser humano, clama inexorablemente por algo, o alguien, superior a él. En el fondo, ya es oración. La más elemental, la más primaria quizá, si se quiere, pero oración.

La oración, ese grito ahogado, es una forma de comunicación. En el fondo, está expresando una necesidad. Como el bebé que aún no sabe hablar y, por consiguiente, no puede pedir con palabras, lo hace con el lloro. En tal caso, para él el lloro es petición, es lenguaje que sustituye a las palabras.

En efecto, la oración es comunicación. Y por lo mismo, necesidad. Alguien que se estuviera ahogando en medio de un río, o en el mar, instintivamente agita sus brazos, todo su ser, como queriendo salir de sí mismo, busca ese "alguien" que le pueda sacar del apuro, que le pueda salvar.

La oración es también agitación de todo el ser en actitud de búsqueda. Porque la oración es al mismo tiempo búsqueda. En este sentido no se necesita ningún formulario. Los formularios son buenos para rezar, no para orar. Una cosa es rezar, y otra orar. Rezar puede hacerlo una simple grabadora a la que previamente se le ha insertado un disquete. Algo, por consiguiente, mecánico. Conozco iglesias donde acostumbran a poner antes de la misa, un disco con el rosario grabado con la voz del papa Juan Pablo II. Eso no es oración. Las máquinas, ni rezan ni oran. Las personas sí.

La oración no consiste en repetir mecánicamente, palabras, rezos, fórmulas, esquemas, etc. Consiste en abrir todo el ser a lo transcendente, es decir, a Dios. Consiste en sintonizar con la divinidad.

La oración cristiana

Orar es hablar con Dios. Conviene precisar la palabra. Una cosa es orar y otra rezar. En español orar y rezar son sinónimos. Y los sinónimos, hay veces que lejos de enriquecer, empobrecen los vocablos. No es lo mismo orar que rezar. La persona puede hacer las dos cosas. Pero, si simplemente reza, puede estar repitiendo mecánica y distraídamente, palabras carentes de sentido personal. Si, por el contrario, ora, está abriendo consciente, libre, voluntariamente, su corazón a la divinidad.

Cristo dice en el Evangelio que hay que orar siempre. La oración va dirigida a Dios. Un Dios que es *inefable*. Por consiguiente, inimaginable e irrepresentable. Lo expresa muy bien el Éxodo: *"Mi rostro no lo puedes ver, porque nadie puede verlo y quedar con vida". "Podrás ver mi espalda, pero mi rostro no lo verás"* (Ex 33, 18-23). Y, san Juan: *"Nadie ha visto jamás a Dios; el que lo ha revelado el Hijo único, que es Dios y está en el seno del Padre"* (Jn 1,18).

Hay teofanías, manifestaciones, de Dios, presentadas a través de símbolos, para expresar lo inefable, lo inenarrable. Para expresar lo que es una intuición, que no una visión, de la divinidad. El símbolo recurrente suele ser *"la nube luminosa"* (Ex 13,21-22). Y en el Tabor. *"Todavía estaba hablando cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra"* (Mt 17,5).

En la cultura de la imagen

Como quiera que, de algún modo hemos de expresar el misterio. Lo hacemos, naturalmente, por palabras. Pero la palabra, más que lenguaje, es imagen. En nuestra mente, la palabra se convierte en imagen. Por ejemplo, la palabra *Dios*, mentalmente la convertimos en imagen. Y nos figuramos a Dios como uno de nosotros. Con un cuerpo como el nuestro. Vestido como nosotros. En fin, un Dios antropomorfo.

Al Dios inabarcable, lo aprehendemos, lo cosificamos para, quizá así, tratar de entenderlo. En definitiva, lo convertimos en imagen, es decir, en producto de nuestra imaginación, que de ahí viene la palabra imagen.

La palabra es también necesariamente un signo, lingüístico, sí, pero signo. Al igual que el pensamiento, que, siendo un concepto, es al mismo tiempo signo. Lo mismo que un simple cuadro pintado, es un signo; por consiguiente, imagen.

El *signo* es, necesariamente, una mediación. Nuestra condición humana nos hace estar sometidos a las mediaciones. Y, curiosamente, el más mediatizado de todos los lenguajes es el religioso. Porque el lenguaje religioso es siempre, como no podía ser de otra manera, de carácter simbólico. Sobre todo, cuando se refiere a Dios.

Pero el lenguaje, todo lenguaje, y más el referido a Dios, tiene sus límites. Al hablar de Dios, no sólo lo hacemos con nuestro lenguaje, profunda y humildemente humano, sino que no somos capaces de salir de nuestro pequeño y reducido espacio vital. Y, así, por ejemplo, atribuimos a

Dios situaciones, estados, pasiones, etc., que son propias de los humanos. Decimos, por ejemplo: *Dios padece, Dios lo ha querido, Dios monta en cólera, Dios va al frente de los ejércitos*, (lenguaje expreso de algunos salmos y otros pasajes del Antiguo Testamento).

Está claro, pues, que hoy, que vivimos la cultura de la imagen, necesitamos criterios bien aquilatados para configurar un concepto e imagen auténticos de Dios.

La peor imagen que puede emplearse para hablar de Dios, y la más alejada de Él, es aquella que conlleve una connotación fundamentalista, racista, o clasista.

Sin duda alguna que la fe cristiana privilegia el concepto de Dios. Cuando Cristo habla de Dios, lo hace empleando una palabra muy precisa: *Padre*. Ese Padre tiene unos rasgos bien definidos: es, por ejemplo, *misericordioso*. Es la imagen que más nos acerca el contenido de la revelación del misterio de Dios. Es la imagen que el mismo Cristo nos ha dado.

Bíblicamente, la imagen de Dios que la teología nos ha transmitido, ha sido una imagen predominantemente masculina. A Dios se le ha representado no sólo como *varón*, por consiguiente, género masculino, sino también en forma antropomorfa. Lo cual no deja de ser llamativo, reductivo y empobrecedor. Pero esto es debido a que la Biblia se ha escrito en un medio geográfico y ambiental, donde predominaba el varón sobre la mujer. Sin embargo, en Dios, tal como aparece en la Biblia, hay también *rasgos femeninos*. Basta dar un vistazo al Deuteronomio, a los Salmos, o a los Profetas (Oseas, Isaías). (Os 11, 3-4; Is 49, 14-16; 66, 12-13; Salmo 27, 9- 10). Si Cristo se hubiera encarnado en otra cultura, quién sabe si, en vez de presentarnos a Dios como *Padre* lo hubiera presentado como *Madre*. La realidad de la palabra empleada no cambia la realidad en sí.

Incluso el *Magisterio eclesiástico* ha incidido sobre este aspecto de los *rasgos maternos de Dios*. Recordemos por ejemplo al papa Juan Pablo I [(1)], el que vivió como papa sólo treinta y tres días. Dijo: *"Dios es padre, más aún, es madre"* (30 de septiembre de 1978).

Y, san Juan Pablo II en la encíclica *Dives in misericordia* [(2)] al señalar la gran riqueza de los términos veterotestamentarios para expresar la misericordia de Dios, señala uno: *rajamin*, que tiene el simbolismo y el significado del *"amor de madre".* Al mismo tiempo, el papa exhortaba a que

se revise la imagen que nos hemos hecho de Dios: el Dios *"anciano",* el Dios *"de la barba de la barba blanca",* etc.

La oración es comunicación

Cuando se tiene la idea de Dios como un Dios cercano, lleno de amor, de ternura, compasivo, *Padre*, en la expresión de Jesucristo, con corazón de *Madre*, es más fácil orar. Y la oración será algo vivo y connatural. Porque será hablar con la naturalidad, amistad, y alegría, con que se habla con un amigo. También *El Catecismo de la Iglesia Católica* (3) hace una exposición muy actualizada de lo que debe ser la oración en la vida cristiana. La Cuarta Parte del Catecismo está dedicada a *"La oración cristiana"* (nn. 2558-2865). Este tratado está dividido en dos Secciones: en la primera, expone la oración en su sentido general (nn. 2558-2758). En la segunda, desarrolla el contenido del Padrenuestro (nn. 2759-2865).

La tradición cristiana ha entendido la oración como una *comunicación.* Comunicación significa que hay, al menos, dos interlocutores: Dios y el ser humano. Más aún, Cristo no sólo nos manda hacer oración, nos indica también que la oración tiene que ser *"filial"*. Ha de ser también "*contemplativa"*. Y la contemplación contiene: Una *mirada* de fe (n. 2715). *Escucha* de la palabra de Dios (n. 2716). *Silencio* (n. 2717). Y *búsqueda* del "amado del alma" (Cantar de los Cantares 1,7; 3, 1-4).

Para orar es necesaria la fe

La fe es crecimiento. Cristo es contundente y claro: *"Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto, porque separados de mí no podéis hacer nada"* (Jn 15, 5).

En su línea habitual, Cristo se dirige a sus discípulos y a la gente en general, mediante imágenes expresivas. Trae a escena el símil de la cepa y los sarmientos. *Él es la cepa, nosotros los sarmientos*. Al sarmiento se le exigen dos cosas: estar vivo y producir fruto. Todo sarmiento que está vivo tiene que producir fruto. No es suficiente estar vivo, hay que producir fruto. Un sarmiento vivo pero estéril no sirve. Menos aún si es un sarmiento seco. Si no se está unido a Cristo, no circula por él la savia, que es Cristo.

Es evidente, pues, que la oración necesita de la fe. Una fe que crece, como el sarmiento, para dar fruto. De otro modo, la fe sería una simple

acumulación de creencias, pero no una *experiencia viva de Dios* en nuestra vida.

Cuando falta dinamismo cristiano

El cristiano tiene que personalizar la fe. Tiene que hacerse responsable de su fe. Pero también necesita compartirla y vivirla en el seno de una Comunidad. Primero la Comunidad universal que es la Iglesia; y luego la Comunidad más inmediata que es la parroquia, o el entorno religioso en el que se desenvuelve ordinariamente la vida cristiana de cada quien, como es el hogar.

Aflora un interrogante: ¿Por qué, a veces, se ve tan poco entusiasmo a la hora de vivir la fe con pujanza? ¿No será la falta de compromiso síntoma visible de que falta la unión con Cristo?

Hay quizá, a veces, una aparente excusa: vivimos un mundo tan acelerado que nos fagocita. Estamos atrapados en una red de actividades, ocupaciones y problemas, tales, que pueden darnos la sensación de estar aplastados por el ambiente. Por desgracia, la apariencia puede coincidir con la realidad. Cuando esto ocurre, en vez de acudir a Cristo, nos encerramos en nosotros mismos, y terminamos siendo los sarmientos estériles, incluso, secos.

---

(1) Juan Pablo I, su nombre Albino Luciani, nació en Canale d'Agordo el 17 de octubre de 1912 y murió en Ciudad del Vaticano. Fue el 263º papa de la Iglesia católica desde el 26 de agosto de 1978 hasta su muerte, ocurrida 33 días después.

(2) *Dives in misericordia* (Dios rico en misericordia), Encíclica del papa san Juan Pablo II, año 1980.

(3) *Catecismo de la Iglesia Católica* (publicado en 1997 contiene la exposición de la fe, doctrina y moral de la Iglesia católica, atestiguadas o iluminadas por la Sagrada Escritura, la Tradición apostólica y el Magisterio eclesiástico).

-6-

LA PALABRA DE DIOS

CONTENIDO DE ESTE CAPÍTULO

-Dios habla por la Creación
-Dios habla por los Profetas
-Dios habla por su Hijo Jesucristo
-Dios habla por la Iglesia
-La Palabra de Dios actúa
-Caminamos hacia Dios
-La tradición Bíblica
-Cristo es la plenitud

Dios habla por la Creación

La Carta a los Hebreos, nos dice: *"Muchas veces y de muchas maneras habló Dios en otros tiempos a nuestros padres, por ministerio de los profetas; últimamente, en estos días, nos habló por su Hijo"* (Heb 1,1-2). Efectivamente, Dios ha hablado de múltiples maneras. Lo ha hecho a través de la Creación. De los Profetas. Ha hablado por su Hijo Jesucristo. Por la Iglesia. Veamos.

La primera, espléndida y vibrante voz de Dios es la Creación, donde todas las criaturas cantan la gloria del Creador. Dios es el gran director que va dirigiendo esta gran orquesta universal que es la Creación, donde nada ni nadie desafina. Y donde el Hombre es el solista que tiene que interpretar el aria dificilísima de la evolución para llevar el mundo hacia su definitiva grandeza. Toda la Creación es como un salmo de infinita grandeza que canta la gloria de Dios.

Dios habla por los Profetas

El profetismo fue el gran ministerio por el que Dios habló de modo particular al Pueblo. *"Dios suscitará de en medio de ti, entre tus hermanos, un profeta como yo, a quien escucharéis"* (Dt 18,15). La historia del Pueblo de Dios en el Antiguo Testamento está conducida por la Palabra de Dios. Hay personajes concretos que, elegidos por Dios, han sido fundamentales para transmitir el mensaje de Dios. Pensemos en Noé, Abraham, Moisés,

Samuel, David, Salomón y tantos otros, entre los cuales los Profetas ocupan un lugar preeminente.

Dios habla por su Hijo Jesucristo

El evangelio de San Juan comienza diciendo: *"Al principio existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios"* (Jn 1,1). Esta *Palabra*, o Verbo según las traducciones, se hizo *carne*. *"Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros"* (Jn 1,14). Se hizo *carne*, es decir, *hombre*, en Jesucristo. *"Después de haber hablado antiguamente a nuestros padres por medio de los profetas, en muchas ocasiones y de diversas maneras, ahora, en este tiempo final, Dios nos habló por medio de su Hijo, a quien constituyó heredero de todas las cosas y por quien hizo el mundo"* (Heb 1,1).

Dios habla por la Iglesia

El Concilio Vaticano II, en la *Dei Verbum* [(1)], dice: *"Dios quiso que lo que había revelado para salvación de todos los pueblos se conservara íntegro y fuera transmitido a todas las edades"* (DV 7). La revelación, transmitida a través de la Palabra de Dios, permanece en la Iglesia, continuando y realizando así la salvación. Esta revelación sigue trasmitiéndose por medio de los apóstoles. Por el anuncio evangelizador que la misma Iglesia hace de la Palabra de Dios. Y por el magisterio de los legítimos Pastores.

La Palabra de Dios actúa

La Palabra de Dios se presenta como: Palabra de Dios escrita: la Biblia, Antiguo y Nuevo Testamento. Palabra de Dios que se proclama: En el culto (sacramentos). Por el Ministerio de la Evangelización. Por el Magisterio del Papa y los Obispos. El Vaticano II señala: *"La Iglesia con su enseñanza, su vida, su culto, conserva y transmite a todas las edades lo que es y lo que cree"* (DV 8). De esta manera, la Palabra se hace vida en nuestra vida. Lógicamente, la Palabra exige una actitud por parte del creyente. Lo primero es: Escucharla, leerla, abrirse a ella.

Es así como fructificará. Porque la Palabra es semilla sembrada en la tierra del creyente. Están los que *"la oyen y no la ponen en práctica"* y los que *"la oyen y la ponen en práctica"* (Mt 7, 24 y ss).

Caminamos hacia Dios

Hay muchos caminos, sin duda, para llegar a Dios. El primero es uno mismo. Todos necesitamos *tener el sentido de nuestra propia vida.* Este sentido está marcado por las tres preguntas básicas de la existencia humana: ¿De dónde vengo? ¿A dónde voy? ¿Qué sentido tiene mi presencia en este mundo?

Tras esta toma de conciencia personal, podemos suponer que organizamos y dirigimos toda la vida hacia Dios. Así las cosas, Dios mismo será quien reorganice nuestro horizonte de sentido. Porque la vida, ante todo, hay que vivirla. La vida humana es, antes que nada, *apropiación*. Es decir, necesitamos hacerla nuestra, vivirla; en definitiva, amarla.

Amar la vida es también darle un *significado*. En sí misma es un valor. Sólo cuando se descubre su valor, la valoramos. Y daremos sentido a la vida desde la dimensión sapiencial que le imprimamos. ¿Qué quiere decir esto? Que hace falta una *cosmovisión* de la vida misma, y de su entorno. Porque, ni estamos solos en el mundo, ni dependemos sólo de nosotros.

Posiblemente, cuando más valoramos la vida sea en el momento de la muerte. Desde la conciencia diáfana de la finitud, quizá es cundo aparecen los interrogantes básicos de la existencia humana: el *por qué* y el *para qué*. No se puede vivir sin *sentido.*

Una vez que hemos tomado conciencia del sentido de nuestra propia vida, resulta más fácil remontarse hasta quien es el *Sentido total* de nuestra existencia: Dios. Para eso es bueno acudir a la Biblia. Es una gran ayuda, porque nos ayuda a iluminar la fe. Incluso para quien no tuviere el don de la fe, hay que recordar que Dios no se revela sólo en la Biblia, o en los acontecimientos que ésta recoge, para ser más exacto; lo hace también: antes y fuera de la revelación bíblica. Por ejemplo, en las grandes Religiones antiguas y actuales, en las Sabidurías milenarias (de Asia y de África, y otros continentes), en el corazón de las personas de buena voluntad, en lo que el papa san Juan XXIII llamaba *los signos de los tiempos*, en la cultura y en la historia de los grupos humanos, etc.

La tradición Bíblica

Si nos atenemos a la *Revelación* de Dios en la tradición bíblica, la Biblia resulta fundamental. No sólo es la revelación del misterio de Dios,

sino que ilumina también, y de qué manera, el misterio de la condición humana. Seguimos echando mano de La Constitución *Dei Verbum*. En los números 2 a 6 señala que la Revelación es *comunicación* de la vida de Dios. Que esa revelación es *progresista*, y que la plenitud de la misma es *Cristo*.

La Revelación se realiza en *hechos concretos* (por ejemplo, todo el acontecer que narra el Éxodo, etc.). En *palabras* (pensemos en los profetas). Acontece de modo progresivo, hasta llegar a Cristo.

Además, el Antiguo Testamento presenta a Dios como un *ser personal, único, y comprometido* en la realización de la historia humana.

Cristo es la plenitud

El mensaje de Jesús fue el anuncio de la llegada del Reino, para lo cual exige una actitud, la conversión: *"El tiempo se ha cumplido: el Reino de Dios está cerca. Convertíos y creed en la Buena Nueva"* (Mc 1,14). Exige un cambio radical de vida, lo que viene a significar que hay que *"dar sentido a la vida"*. Con lo cual, el Evangelio es verdaderamente revelación de Dios, Buena Nueva.

Es Buena Nueva porque Cristo nos presenta a Dios como Padre. Una paternidad que nada tiene que ver con la paternidad humana. Por el contrario, la paternidad de Dios es lo que da origen y sentido a la paternidad humana y no al revés: *"De Él toma nombre toda paternidad en el cielo y en la tierra"* (Ef. 3,14-15).

Pues bien, Dios es Padre, y Cristo se manifiesta como el Hijo. Jesús llega a emplear, dirigiéndose a Dios, una palabra de la vida cotidiana, enormemente tierna y familiar: *Abbá.* Y, lo más precioso, que siendo Él el Hijo, nos engloba en esa filiación también a nosotros. De ahí se concluye que la revelación que Cristo nos hace de Dios como Padre es: La gran noticia cristiana. El corazón del Evangelio. El núcleo de la fe cristiana. La fuente de la salvación.

Para llegar a este momento de la comprensión del misterio de Dios, ha habido toda una manifestación anterior: Dios se ha manifestado en la Historia de Salvación. En consecuencia, la conclusión es que, tener la "experiencia de Dios" en nuestra vida, es posible, siempre que dejemos a Dios ejercer el protagonismo que le corresponde. Porque Él es el *origen* y la *meta* de la vida.

Dios, que se ha revelado constantemente en la Historia, sigue manifestándose en nuestra historia personal. Dios es quien conduce la historia. Porque Dios no es un Dios ausente, sino que está presente en la Historia humana.

---

(1) *Dei Verbum.* (La Constitución *Dei Verbum* es uno de los 16 documentos y una de las dos constituciones dogmáticas del Concilio Vaticano II donde se expone "la doctrina genuina sobre la divina revelación y sobre su transmisión para que todo el mundo, oyendo, crea el anuncio de la salvación; creyendo, espere, y esperando, ame").

(2) *Apostolicam actuositatem*. Es un decreto del Concilio Vaticano II sobre el apostolado de los laicos

-7-

LA SALVACIÓN EN LA IGLESIA

CONTENIDO DE ESTE CAPÍTULO

Realidad de la Iglesia
La Iglesia en la Historia de la Salvación
La Iglesia proyectada al mundo
Profetas de hoy en la Iglesia
Sociedad enferma
Laudato si'
Acudir a Dios

Realidad de la Iglesia

Si afirmamos que la salvación está en la Iglesia, necesitamos entonces preguntarnos y saber qué es la Iglesia. Pues bien: La Iglesia es el mismo Cristo, prolongado en el tiempo a través de sus seguidores, formando con él un solo cuerpo. *"Porque, así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, aunque son muchos, constituyen un solo cuerpo, así también es Cristo"* (1Cor 12,12). Es, por consiguiente, una Comunidad divina, por Cristo, y al mismo tiempo humana por nosotros, hombres y mujeres. Es una Comunidad salvada en Cristo y, al mismo tiempo, de salvación. Está compuesta por pecadores en pos de la salvación.

Hecha esta presentación, y reafirmando que la Iglesia, en cuanto divina, es el mismo Cristo, tenemos que quien salva es, naturalmente, Cristo, como no podía ser de otra manera. Pero salva a través de la Iglesia. Por eso es válida la afirmación de que la salvación se realiza en la Iglesia.

La Iglesia actúa en el mundo por el Espíritu de Cristo. Está gobernada por sus legítimos Pastores: Papa, Obispos, etc. Y se manifiesta como: Comunidad de Fe. Precisamente porque posee la fe en Cristo: *"Él se manifestó en la carne, fue justificado en el Espíritu, contemplado por los ángeles, proclamado a los paganos, creído en el mundo y elevado a la gloria*" (1Tim 3,15). Y la vive: *"Todos los creyentes tenían un solo corazón y sola alma"* (Hch 4,32).

Es una Comunidad de Culto: Sacramentos y liturgia. Nace en el Bautismo: *"Hay un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo"* (Ef 4,5). Se nutre de la Palabra y la Eucaristía: *"Ya que hay un solo pan, todos nosotros,*

aunque somos muchos, formamos un solo Cuerpo, porque participamos de ese único pan" (1Cor 10,17). Se purifica por la Penitencia: *"Os aseguro que todo lo que atéis en la tierra, quedará atado en el cielo, y lo que desatéis en la tierra, quedará desatado en el cielo"* (Mt 18,18). Y es una Comunidad de Amor, que da testimonio del amor de Dios en el mundo: *"Porque la ley del Espíritu, que da la Vida, te ha librado en Cristo Jesús de la ley del pecado y de la muerte*" (Rom 8,2), (ver también, 1Cor 13,1-13).

Hay personas que, aun actuando de buena fe, confunden la realidad de la Iglesia. Tienen un concepto negativo de la misma. Piensan que la Iglesia son los edificios materiales. O que es un poder político. O que la Iglesia son los curas. Luego están los que, desde su ignorancia o maldad, atacan abiertamente a la Iglesia, persiguen a los cristianos, o emplean los atentados contra edificios y personas.

Concepto positivo. La *Lumen Gentium* [(1)] dice textualmente: *"La Iglesia es en Cristo como un sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano, ella se propone presentar a sus fieles y a todo el mundo con mayor precisión su naturaleza y su misión universal, abundando en la doctrina de los concilios precedentes"* (LG 1). *"Prefigurada desde el origen del mundo"* (LG 2). *"Preparada admirablemente en la Historia del pueblo de Israel"* (LG 2). *"Constituida en los últimos tiempos y manifestada por la efusión del Espíritu Santo"* (LG 2). *"Que se perfeccionará gloriosamente al final de los tiempos"* (LG 2).

La Iglesia en la Historia de la Salvación

El Concilio Vaticano II, en la citada Constitución, prosigue: La Iglesia es obra *de Dios Padre*: (LG 2), de *Dios Hijo*: (LG 3), y de Dios *Espíritu Santo*: (LG 4).

Cristo, al hablar de la Iglesia lo hace por medio de imágenes y parábolas, para que todos comprendan: *"A vosotros se os ha concedido conocer los misterios del Reino de los Cielos, pero a ellos no"* (Mt 13,10). Y, así, habla del redil, cuya única puerta es él: *"Yo soy la puerta. El que entra por mí se salvará"* (Jn 10,9). Habla del rebaño, cuyo pastor es él: (Jn 10, 1-16). Pone el ejemplo de la viña: *"Yo soy la verdadera vid y mi Padre es el viñador"* (Jn 15,1). O de la semilla: (Mc 4,14). O a la levadura: *"El Reino de los Cielos se parece a un poco de levadura que una mujer mezcla con gran cantidad de harina, hasta que fermenta toda la masa"* (Mt 13,33). Etc.

La Iglesia proyectada al mundo

Siguiendo la Biblia, tenemos que, así como en el Antiguo Testamento Israel era el Pueblo de Dios, así, en el Nuevo Testamento la Iglesia es el Nuevo Pueblo de Dios.

Como Pueblo de Dios, la Iglesia se proyecta al mundo para tratar de abordar e iluminar a la luz de la fe en Cristo, los grandes problemas que preocupan a la Humanidad. En consecuencia, es deber de todo cristiano ser y sentirse Iglesia, amándola y respetándola, asumiendo el talante misionero que Cristo le imprimió: *"Id por el mundo entero y proclamad el Evangelio…"* (Mt 28, 19). Es el mejor modo de proyectar el Evangelio en todas las personas de buena voluntad. La Iglesia está para iluminar el camino de la salvación a todos. Al cristiano no debe faltarle un profundo amor a Cristo, a la Santísima Virgen María, al prójimo, y a todos los demás seres de la naturaleza.

Profetas de hoy en la Iglesia

La Biblia, en el Antiguo Testamento, nos presenta unos cuantos *profetas*. Sin duda que hubo muchos más, cuyos nombres no han pasado a la historia, o bien porque no dejaron nada escrito, o bien porque sus escritos se perdieron. De todos modos, ateniéndonos a los que aparecen en la Biblia, ellos son indicadores de determinados momentos de la historia. Paradigmas luminosos que trataron de iluminar la conciencia de la humanidad.

Si nos preguntamos qué es un profeta, vemos que el verdadero profeta mira al pasado, desde un presente concreto, analiza la realidad, y lanza su voz a la conciencia universal y personal de la gente, en orden a que estén en sintonía con Dios.

La Iglesia, que es divina por Cristo, pero humana por nosotros los humanos, está sujeta a limitaciones y errores humanos. Por eso Dios, en Cristo, ha querido una jerarquía que se encargue de salvaguardar el depósito de la fe. Lo hace mediante *Documentos* oportunos y necesarios. Por ejemplo, en la *Misterium filii Dei* [(2)], del año 1972, la Sagrada Congregación para la Doctrina de la fe salía al paso de errores que se estaban produciendo en ese tiempo sobre *el Hijo de Dios hecho hombre*, o sobre *la Santísima Trinidad, y particularmente sobre el Espíritu Santo.* Y finaliza, advirtiendo que: *"Mediante la acción y la iluminación del Espíritu Santo, los hijos de la*

Iglesia deben prestar su adhesión a toda la doctrina de la Iglesia, bajo la guía de sus Pastores y del Pastor de la Iglesia universal" (nº 7).

Esto indica que los Pastores de la Iglesia han de ser auténticos profetas para el Pueblo de Dios. De otro lado, en los simples fieles, siempre ha habido, y habrá, profetas fehacientes, intrépidos, y valientes. Ahí están los miles de mártires en los más de dos mil años de cristianismo. Todo un paradigma, de hombres y mujeres, de fe y entrega generosa, tanto en el laicado como en el clero. ¿Cómo no recordar a tantos catequistas laicos asesinados en distintos países de Latinoamérica? ¿Y cómo no recordar con inmenso cariño, sobre todo quienes tuvimos el honor y privilegio de tratarlo personalmente, al arzobispo salvadoreño monseñor *Oscar Arnulfo Romero*, hoy en los altares?

Y están, sobre todo, *los pobres*. Los pobres de Yahvé, en el ámbito bíblico del Antiguo Testamento, y los pobres de la actualidad, entre los cuales ocupan el primer lugar todas esas criaturas que nunca verán la luz porque son exterminadas cruel e inhumanamente en las *clínicas del aborto*. Estamos en un tiempo donde abundan también *los falsos profetas* que profesan *la cultura de la muerte*, valiéndose muchos de ellos, de su condición de dirigentes políticos. Nadie está revestido de autoridad para promulgar leyes que van contra la Ley de Dios y contra los derechos de las personas, nacidas o por nacer.

Sociedad enferma

A lo largo y ancho del tiempo surgen enfermedades, plagas, epidemias. Nuestra sociedad no está libre de los males físicos. Hoy padecemos una terrible *pandemia mundial* causada por el *covid-19*. Si a eso añadimos los males producimos por la violencia física, tendremos que concluir que nuestra sociedad está enferma.

En el ser humano cohabitan dos instintos: el *instinto de muerte* y el *instinto de vida*. Contra el primero, no se ve solución a corto plazo. Hoy, quien quiera hacer el mal, puede hacerlo, casi impunemente. No hay quien pueda frenarlo. Sin embargo, el ser humano nació para proclamar la vida, no la muerte.

Cada especie cumple su ciclo vital individual. Y al mismo tiempo colabora en el conjunto vital, estableciéndose, no obstante, una armonía global.

Laudato si'

A fuerza de resaltar que el tema central del Evangelio es el amor, como así es, corremos el riesgo de aplicarlo sólo a las personas: amar al prójimo. Está bien, pero el amor abarca más. El amor incluye también a todas las cosas que nos rodean, como es la naturaleza.

A ese respecto, el papa Francisco lanzó al mundo una preciosa encíclica. Es una encíclica abiertamente *ecológica*, como ningún papa antes lo había hecho, y, sin embargo, tan necesaria en este nuestro mundo tecnificado: la *Laudato si'* (3). Tiene como fin concienciarnos a todos de la necesidad de cuidar *la casa común*. Aborda el deplorable deterioro ambiental a que hemos llegado, por mor de un progreso y desarrollo técnico mal entendidos. Se centra en el planeta Tierra, *la casa común*, lugar en el que vivimos las personas, defendiendo la naturaleza, la vida animal y las reformas energéticas. Contiene seis capítulos, comenzando con el subtítulo: *Sobre el cuidado de la casa común*, donde realiza una *crítica, valiente y necesaria, del consumismo y el desarrollo irresponsable con un alegato en favor de una acción mundial rápida y unificada "para combatir la degradación ambiental y el cambio climático".*

En el capítulo 1º indica *qué le está pasando a nuestro mundo*. Y habla de la *contaminación, la basura y la cultura del descarte.* Señala el agotamiento de los recursos naturales. *"Conocemos bien la imposibilidad de sostener el actual nivel de consumo de los países más desarrollados y de los sectores más ricos de las sociedades, donde el hábito de gastar y tirar alcanza niveles inauditos. Ya se han rebasado ciertos límites máximos de explotación del planeta, sin que hayamos resuelto el problema de la pobreza".*

Aborda el acuciante tema del agua, tan escasa para tanta gente, y tan despilfarrada por otros. *"Este mundo tiene una grave deuda social con los pobres que no tienen acceso al agua potable, porque eso es negarles el derecho a la vida radicado en su dignidad inalienable".* Señala también el *deterioro de la calidad de la vida humana y la degradación social.*

En el capítulo 2º titulado *El evangelio de la creación,* insiste en decirnos que el ser humano es imagen de Dios, y eso debería llevarnos a no olvidar que cada criatura tiene una función y ninguna es superflua. *Todo el universo material es un lenguaje del amor de Dios, de su desmesurado cariño hacia nosotros. El suelo, el agua, las montañas, todo es caricia de Dios*. El mensaje de cada criatura es estar en armonía con todo lo creado. No puede haber ecología sin una base antropológica que garantice el respeto a la naturaleza. La tierra no es para que unos cuantos la exploten en detrimento

de los demás, porque es un bien que pertenece a todos. Los vínculos que nos mantienen unidos a la tierra nos acercan a Dios; la ruptura de los vínculos con la tierra, nos alejan de Él.

Acudir a Dios

Es, pues, más que evidente, que hoy más que nunca, urge acudir a Dios. Sólo él es el dueño de la Creación y de la vida. Y urge acudir al Evangelio, acudir al encuentro con Cristo. Él, que pasó por el mundo *"haciendo el bien y curando toda enfermedad"* (Hch 10,38) es quien puede echarnos una mano y sacarnos de esta situación absurda en que la humanidad está metida. ¿De qué sirve una sociedad sin humanidad? ¿De qué sirve una sociedad sin corazón?

La sociedad necesita directrices morales y principios de orientación. La sociedad necesita vivir en armonía con cuanto le rodea.

---

(1) *Lumen Gentium*, es una de las cuatro Constituciones promulgadas por el Concilio Vaticano II.
(2) *Misterium filii Dei*, Declaración para salvaguardar la doctrina de la fe, año 1972.
(3) *Laudato si'* (alabado seas), es la segunda encíclica del papa Francisco, año 2015.

-8-

LA TEOLOGÍA CRISTIANA

CONTENIDO DE ESTE CAPÍTULO

-Teología
-Dios, objeto de la teología
-Persona e individuo
-Lenguaje inteligible de los signos
-Somos hijos de Dios
-Los ídolos nos alejan de Dios
-La libertad necesita aprendizaje
-Dios es también Espíritu Santo
-Todo es Historia de Salvación

Teología

Con el término *Teología* (1), del griego theos, *'Dios'*, y logos, *'estudio'*, o *'razonamiento'*, se entiende *'el estudio de Dios'* y, por ende, todo lo relacionado con Dios. Es un concepto anterior al cristianismo. Parece ser que el primero en utilizarlo, de modo genérico, fue *Platón.* Conviene advertir que la idea que Platón tiene de Dios no es la de un ser único, transcendente, infinito, personal; sino la de innumerables personalizaciones, limitadas y finitas, de lo *"divino"*. Platón viene a decir que todo cuanto existe y nos rodea, se centra en dos mundos: El *mundo de las ideas*, o mundo ideal, y el *mundo sensible* o caduco. En *La República* (2), escribe: *«El alma que trasciende el mundo de lo sensible, llega a percibir el ser supremo, el cual es incorpóreo, sin figura ni color, solo perceptible por el entendimiento, objeto de una ciencia verdadera e inmutable».*

En todo caso, cada religión tiene su propia teología particular, y su concepto igualmente propio de Dios. Además, hoy la palabra teología ha adquirido otras aplicaciones derivadas. Así, por ejemplo, se habla de la *teología del trabajo*, por aquello de que "el trabajo fue diseñado por Dios como la ocupación terrenal del hombre". Se habla de la *teología de la cultura*, acuñada por el teólogo protestante Paul Tillich (1886-1965). Tratar de definir el modo en que el cristianismo se refiere a la cultura secular. O de la *teología moral*: aquella parte de la teología que estudia los actos humanos, en orden a su fin sobrenatural. La teología moral ayuda al ser humano a guiar sus actos y es, por tanto, una ciencia eminentemente práctica.

En fin, así podríamos seguir añadiendo más teologías. No es el caso. En este capítulo nos referimos simplemente a la *teología* como *el estudio de Dios*.

Por otra parte, es importante no confundir teología con teodicea. Las dos se refieren a Dios. Pero, en tanto la *teología* es el tratado o estudio de Dios, como decimos, por el contrario, la *teodicea* (del griego θεός -dios- + δίκη -justicia-) es una rama de la filosofía clásica. Tiene como objetivo demostrar racionalmente la existencia de Dios mediante el razonamiento. En su raíz etimológica, teodicea es *la justificación de Dios*. Por consiguiente, se enmarca en el ámbito más amplio de la llamada *teología natural*.

Pues bien, una vez señaladas las diferencias, la teología abarca todo lo relacionado con el saber humano de Dios. Trata de adentrarse en el misterio más grande que se le presenta al ser hombre, tanto varón como mujer: Dios. En juego entran, a la par, la razón y la fe, tratando de expresar, en categorías culturales, el gran misterio que a todos nos rebasa: Dios.

Dios, objeto de la teología

Es evidente que los hombres de todos los tiempos y religiones se han afanado por encontrar a Dios. Lo han buscado, por activa y por pasiva, pero no lo han encontrado. Dios es un misterio que sobrepasa toda capacidad de intelección humana. Misterio que siempre ha sobrecogido al ser humano. Pero hay en el ser humano lo que podríamos llamar un congénito sentido que le dice que hay alguien superior a él. Que le hace intuir su existencia. Misterio que le desborda totalmente. Que incluso le hace sentir miedo. Ahí radica, sin duda, la causa por la que el hombre ha ofrecido sacrificios a ese ser misterioso e inabarcable, a fin de tenerlo propicio.

Definitivamente, el hombre, varón y mujer, no ha encontrado a Dios. Se lo ha imaginado de muchas maneras. Ha llegado a creer incluso en muchos dioses. O que toda la Creación es Dios.

Pero, mientras el hombre no ha encontrado a Dios, Dios sí ha encontrado al hombre. Lo ha hecho por Cristo. Si bien es cierto que ha habido una revelación progresiva de Dios en la Historia de la Humanidad, en general, y más en particular, en la Historia de Salvación, ha sido Cristo quien nos ha revelado a Dios.

Cristo no nos ha dado un tratado académico sobre Dios. No desarrolla un tratado de teología sistemática. Ni siquiera nos descubre la esencia misma

de Dios. Como tampoco lo hace la Biblia, que, al hablar de Dios lo hace a base de imágenes, el más pedagógico sistema para hacernos idea. Y, así, lo que Cristo hace es revelarnos a Dios de un modo que podamos entenderlo. Y así, nos presenta algunos atributos de Dios. El más inteligible, y más querido, para nosotros: Dios es *Padre* (Mt 6,9).

La palabra *Dios* aparece en los Evangelios unas 170 veces. En san Juan 109, en san Mateo 42, en san Marcos 4, y en san Lucas 15. Pero Cristo concretiza, y dice: *«Todo me ha sido revelado por mi Padre y nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquél a quien el Hijo quisiera revelárselo»* (Mt 11, 27). Y también: *«Yo te bendigo, Padre, Señor del Cielo y de la Tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a los pequeños»* (Lc 10,21).

Es más, Cristo emplea, además de la expresión *Padre*, otra, aún más dulce y familiar: *Abbá*. Exclama: *«¡Abbá, Padre!; todo es posible para ti; aparta de mí esta copa; pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieras tú»* (Mc 14,36). Esta misma expresión la recoge san Pablo en la Carta a los Gálatas: *"La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abbá, Padre!"* (Gal 4,6). También la Carta a los Romanos: *"Pues no recibisteis un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, recibisteis un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre!"* (Rom 8,15).

De esta manera, Cristo nos ha hecho cercano, más comprensible, presente, y familiar, lo inaprehensible de Dios.

Persona e individuo

Hay palabras que, al correr del tiempo, adquieren un significado diferente al original. Por ejemplo: con la palabra *persona* hoy nos referimos a un individuo, sea hombre o mujer. Pero, en su concepto original griego, significa *máscara*. La que se ponían los actores para representar un personaje en el teatro.

Cuando nos referimos a Dios, decimos que Dios es *Uno* en *Tres Personas*: Padre, Hijo, y Espíritu Santo. Esto también es revelación de Cristo. Pero también aquí hay que hilar fino. Porque el problema está en pensar que Dios es como nosotros: es decir, un hombre, o una mujer, con cabeza, tronco, y extremidades; todo un señor. Pero *Dios es Espíritu puro*. Otra cosa muy diferente es que Dios se haya encarnado en Cristo Jesús. Cristo sí tiene un cuerpo, como cualquier ser humano.

Dicho esto, podemos decir que seguimos estando en el misterio. Sí, Dios es un misterio, pero de Amor, de gozo infinito. Como dice san Juan: *"Dios es Amor"* (1Jn 4,8). Nos sentimos, no lejanos, sino inmersos en ese Misterio, que palpita, que es Vida, que nos envuelve, que nos dignifica. "En Él vivimos, nos movemos y existimos, así como algunos de vuestros mismos poetas han dicho: `Porque también nosotros somos linaje suyo´" (Hch 17,28).

Lenguaje inteligible de los signos

Cristo habla con un lenguaje inteligible para todos. Habla de Dios como *Padre*. Dios es el Padre que lo envió. Habla de Dios como *Hijo*, el enviado. Dice que el Padre y él son una misma realidad. *"Yo y el Padre somos uno"* (Jn 10,30). Cristo es el Hijo del Padre, igual a él. Y habla de Dios como *Espíritu Santo*. En la Biblia, la palabra *"Espíritu"* corresponde a los términos *ruaj*, en hebreo, y *pneuma*, en griego. El Espíritu Santo es el poder, la fuerza, la acción de Dios (Miq 3,8; Lc 1,35). Cuando Dios envía su Espíritu**,** lo hace para que se cumpla su voluntad (Sal 104,30; 139,7. Es el Espíritu Santo el que cubre con su sombra el seno de María: *"El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Niño que nacerá será santo, será llamado Hijo de Dios"* (Lc 1,35).

Al final de su vida, Cristo menciona y promete enviarnos al Espíritu Santo. Lo hace el día de Pentecostés (Hch 2). El Espíritu Santo que viene a ser el mismo Cristo proyectándose, en el tiempo y en el espacio, después de la resurrección, para que con su asistencia se cumpla la misión evangelizadora confiada a sus discípulos.

De esta manera, las tres Personas Divinas, siendo un solo Dios, realizan el plan de salvación: El Padre, que nos expresa su amor dándonos a su Hijo Cristo Jesús. El Hijo enviado desde el Padre, que muere y resucita por la redención de toda la Humanidad. El Espíritu Santo concreción de ambos, para la santificación, adopción filial, y guía de los creyentes hasta la plena verdad y posesión de Dios.

Así pues, aunque no podamos llegar a entender racionalmente el Misterio de Dios, sí podemos captar que Dios no es un Dios lejano ni ausente, sino el fundamento de nuestra esperanza, la fuerza de nuestro caminar por la vida. Una vida, la presente, que sentimos corta, muy breve, sí, pero que tiene un sentido, una dirección, una proyección, una razón de ser en sí misma, desde el Misterio cercano y envolvente de Dios.

Cristo, al comunicarnos su mensaje emplea mucho el lenguaje de los signos. ¿Qué son, si no, las parábolas? Dios, en la Biblia, está expresado por medio de signos, o símbolos: viento, fuego, agua viva, defensor o abogado. La presencia y actuación de Dios la entendemos mejor como don. Por ejemplo: el don de sabiduría, el don de inteligencia, el don de consejo, el don de fortaleza, el don de ciencia, el don de piedad, el don de temor de Dios, etc.

La actuación de Dios produce frutos en nosotros, como son: el amor, la alegría, la paz, la comprensión, la servicialidad, la bondad, la lealtad, la amabilidad, el dominio de sí, etc. Dios sigue actuando en nosotros. Porque es Amor, sigue amándonos. De ahí que, de las verdaderas, o falsas ideas y representaciones que tengamos de Dios, dependerá nuestra vida en sentido religioso y cristiano.

Somos hijos de Dios

Por podemos olvidar que por el Bautismo nacemos a la vida adoptiva de hijos de Dios. *"Somos hijos de Dios, por tanto, herederos también, y coherederos con Cristo"* (Rom 8,17). El ser hijos de Dios no depende de nosotros. Es fruto, únicamente, del amor de Dios. La Trinidad de Dios actúa dinámicamente en nuestra vida.

De esta manera, el cristiano está llamado a ser santo, testigo de la experiencia profunda, gozosa y maravillosa de Dios, que toma posesión de nosotros. Inmerso en Dios, debido a su adopción filial por el Padre, el cristiano puede también tomar conciencia del don del Espíritu a través de Cristo. Todo esto es una realidad viva, gozosa, inaudita, gracias a Cristo resucitado. Por Él somos capaces de vivir según el Espíritu, y vencer, como dice san Pablo, las *"obras de la carne"* (Gal 5,19), porque somos hijos de Dios.

Es muy importante sentir a Dios como Padre, para poder sentirnos hermanos de todos los hombres en Cristo. Por eso, san Pablo se expresa así: *"Doblo las rodillas delante del Padre, de quien procede toda paternidad en el cielo y en la tierra"* (Ef 3,14-15). Ser hijos conlleva unas consecuencias. Como es, construir una nueva Humanidad, desde el progreso, la justicia, la paz y el amor, como lo expresaron los papas, san Juan XXIII en la *Pacem in Terris* [(3)], y san Pablo VI en la *Populorum progressio* [(4)]. Es también,

sentirnos Hijos, y poder decir juntos: *Padre nuestro*. Porque Dios Padre es inmensidad de amor.

Vale insistir, de la idea o imagen que tengamos de Dios dependerá nuestro comportamiento. Si se piensa en un Dios que está más allá de la estratosfera, por consiguiente, lejano, no suscitará interés. Si se piensa en un Dios omnipotente, la relación con Él será fría, distante; acaso tal vez, aseada, educada. Pero si, por el contrario, se piensa en un Dios que es Amor, la relación con Él será cercana, filial, cálida, confiada.

Dios no cabe en una definición. Pues bien, sin intentar, por lo mismo, dar una definición, san Juan no encontró expresión mejor para la comprensión de Dios que decir: *Dios es Amor* (1Jn 4,8).

Pero de Dios también decimos que es *Trinidad*, como hemos apuntado más arriba. Nos movemos en el Misterio. Y, más si queremos meter a Dios en nuestra cabeza. Dios no cabe en el entendimiento del ser humano. Pero sí en su corazón.

Querer acercarse a Dios con solo el entendimiento, es perder el tiempo. A Dios hay que acercarse con el corazón. Es decir, desde el amor. Dios es Amor. Apliquemos el dicho: 'amor con amor se paga'. Sobran los esquemas intelectuales y metafísicos. Las razones del corazón son más certeras.

Cuando nos acercamos a Dios con el corazón estamos dando pasos agigantados hacia el Dios gozosamente amado, adorado, y vivido. La cabeza, léase la razón, sabe de leyes. El corazón sabe de Amor. Debemos juntar la razón y la fe. Y no separarlas. Porque el ser humano tiende a manejarse más con la razón, y, desde ella, se empeña en raciocinarlo todo implantando leyes y más leyes, carentes de corazón. Pero la fe es la que mueve el mundo. Vale más un 'beso', que mil 'te quiero'.

Las leyes, en el fondo, delatan un complejo de inferioridad, que se sublima en el poder. El poder se sostiene en la ley. Son las leyes las que avalan el poder. De ahí que surjan tantas leyes, todos los días, y desde todas latitudes. Incluso la Iglesia abunda en leyes. Y, no digamos la política. Pero la única ley válida, es la del amor.

De otro lado, las leyes pueden llegar a atemorizarnos, y, hasta quitarnos hasta la libertad de conciencia. Lo vemos en los parlamentos. Se dan a veces leyes que van contra la conciencia del individuo. Por ejemplo, la ley del aborto. El político, primero como persona, y más si es creyente, sabe que eso atenta en general a la dignidad de la persona, y en particular a los derechos del ser que está en gestación. Pero, ¡claro!, si se opone a la ley

férrea del partido, sabe que de inmediato se va a ir a la calle. Difícil situación. Habrá quien tenga la valentía de optar por su propia dignidad. Pero habrá, quien, faltándole valor, puede hipotecar la paz de su conciencia.

De modo que, las leyes no sólo normatizan, también atemorizan y esclavizan. Una religión donde abundan las leyes, lo único que consigue es crear ídolos, falsos dioses. En la Iglesia, la verdadera ley es la Ley de Cristo, la Ley del amor. Dios es Amor. Acercarse a Dios por la fuerza del miedo, es caer en la angustia. Pero adorar a Dios *"en espíritu y verdad"* (Jn 4,23) como señaló Cristo, es adorarlo desde el Amor, y por Amor.

Los ídolos nos alejan de Dios

Los ídolos son una quimera. Nos alejan de Dios. Se nos presentan revestidos de falsas necesidades, como pueden ser el confort desmedido, el hedonismo egoísta, el apego irracional al dinero, etc. Y, en aras de conseguir todo eso que, en realidad, no necesitamos, comenzamos a darles un culto blasfemo e irracional. Son un lamentable sustituto de Dios. De hecho, el paulatino descenso del número de los creyentes en el Dios verdadero, va en proporción directa al aumento de los creyentes en los falsos dioses, o ídolos. Porque, en definitiva, el ser humano no puede vivir sin Dios. Con lo cual, o bien opta por el verdadero Dios, o bien tiene que elegir entre el número ingente de ídolos, como son: El poder, el dinero, la producción, el consumo, el culto al cuerpo y a la belleza física, como sublimación ingenua del mito de la eterna juventud, o el placer, como aspiración prioritaria, expresado en el sexo, el erotismo, las drogas, etc.

La libertad necesita aprendizaje

Hay algo de lo que no debemos prescindir: nuestra libertad. Don maravilloso, lo mismo que la inteligencia, que Dios nos ha concedido. Pero la libertad necesita de aprendizaje, como en todas las cosas. El niño no nace sabiéndolo todo. Va aprendiendo poco a poco. Pues bien, cuando san Pablo preguntó a un grupo de personas que están siendo evangelizadas, si habían recibido el Espíritu Santo, responden honestamente que lo desconocen: *"No hemos oído decir siquiera que exista el Espíritu Santo"* (Hch 19,2).

El desconocimiento tiene sus causas, como puede ser: la falta de formación y catequesis, antes y después, de los sacramentos. La inexperiencia vivencial de la presencia y acción de Dios. Los abusos de las supuestas aplicaciones de una eficacia mecánica de los sacramentos. Los

sacramentos no son actos mágicos. Es preciso entender el simbolismo que conllevan. Por ejemplo, el agua en el bautismo, símbolo de purificación. O el cirio, símbolo de la fe. Lo importante no es el cirio en sí, sino lo que representa: la presencia de Cristo, la fe del bautizado.

Dios es también Espíritu Santo

Decimos que Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo. Pues bien, en la Biblia, y particularmente en el Nuevo Testamento, el Espíritu Santo aparece como: Presencia y acción de Dios, actuando sobre todo en la persona y vida de Jesús.

A su vez, Cristo y la Iglesia nos enseñan que todos los cristianos recibimos el Espíritu Santo, primordialmente en el sacramento del Bautismo y de la Confirmación. Que toda la vida cristiana está movida por el Espíritu Santo. Nos preguntamos, pues: ¿Quién es el Espíritu Santo?

En la Biblia no hay una definición, propiamente dicha, del Espíritu Santo. Aparece más bien en forma de imágenes y símbolos. Por ejemplo: *Viento* (Gn 1,1). *Fuego* (Hch 2). *Agua viva* (Jn 3,5; 7,38; 1Jn 5,8). *Abogado y Consolador* (Jn 14, 16-26). *Impulsor de la vocación de los profetas* (Is 61,1; Ez 11,5; 1Sam 16,13), etc.

El profeta Isaías enumera sus *Siete Dones* (Is 11,2). San Pablo habla de los *Frutos del Espíritu* (Gal 5,22-23). También de sus *Carismas* (1Cor 12-13). Y de *nuestra adopción filial (*Rom 8,14-16).

Siendo el Espíritu Santo la presencia viva y activa de la acción perenne de Cristo glorificado en la Iglesia y en el mundo, actúa en la misión de la Iglesia, testimoniando que ésta es una obra divina, y que es Dios quien la conduce, a pesar de las apariencias humanas. Actúa en la vida de los cristianos para que bajo su acción demos testimonio de Cristo resucitado. *"Nadie puede decir: Jesucristo es Señor, si no es bajo la acción del Espíritu Santo"* (1Co 12,3).

Esta presencia activa comienza en el Bautismo. Y, afirmamos nuestra fe en Dios, como Ser omnipotente, que todo lo crea, cuida y guía. Lo cual significa que tiene en sus manos el mundo y la historia. Que es un Padre lleno de bondad que se preocupa del hombre. Que llama a la existencia lo que no existe. Que el mundo no es fruto de azar. Que su Espíritu alienta soplo de vida sobre todas las cosas.

Todo es Historia de Salvación

La Sagrada Escritura presenta la Creación como la obra maravillosa de Dios, donde, desde el comienzo mismo, su *Espíritu* (el *ruaj*, el aliento de Dios) aletea sobre las aguas primordiales (Gn 1,1). Donde, a partir de ahí, todo se convierte en *Historia de Salvación*, bajo la guía del Espíritu de Dios, que todo lo cuida, lo sostiene todo, y a todo da vida. El evangelista san Juan recoge estas preciosas palabras de Cristo: *"Cuando venga el Espíritu de la Verdad, él los introducirá en toda la verdad, porque no hablará por sí mismo, sino que dirá lo que ha oído y les anunciará lo que irá sucediendo. Él me glorificará, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará. Todo lo que es del Padre es mío"* (Jn 16,13-15). Plena identidad, pues, de Cristo con el Padre y con el Espíritu Santo, sin cuya continua presencia, el mundo, las cosas todas, volverían a la nada.

En consecuencia: El Hombre, varón y mujer, está animado y vivificado por el Espíritu de Dios. Está dotado de un alma espiritual e inmortal, que le hace ser imagen viva de Dios. Por lo mismo, a Dios no se le estudia: *a Dios se le ama, se le vive, se le adora.*

El Espíritu Santo es quien viene a nosotros, para ayudarnos a realizar lo que Jesús anunció a los apóstoles: *"Si me amáis de verdad, obedeceréis mis mandamientos, y yo rogaré al Padre para que os envíe otro Abogado que os ayude y esté siempre con vosotros: el Espíritu de la verdad"* (Jn 14,15).

Dice también el Señor: *"Os conviene que yo me vaya. Porque, si yo no me voy, el Abogado no vendrá a vosotros"* (Jn 16,7).

---

(1) *Teología*: es la disciplina que trata de estudiar la esencia, existencia, y manifestaciones de Dios.
(2) *La República*, (de Platón, en el *Diálogo de las Leyes*, cap. X).
(3) *Pacem in terris* (Paz en la Tierra) es la última de las ocho encíclicas del papa san Juan XXIII, publicada el 11 de abril de 1963.
(4) *Populorum progressio* (El desarrollo de los pueblos) es la carta encíclica del Papa san Pablo VI promulgada el 26 de marzo de 1967.

-9-

LA VIDA CRISTIANA REGALO DE DIOS

CONTENIDO DE ESTE CAPÍTULO

-La vida nueva
-Entidades complementarias
-La mística y lo religioso
-Importancia de la oración
-Multiplicación de los panes
-Hechos para vivir juntos

La vida nueva

"Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia" (Jn 10,10), nos dice el Señor. Esa vida, Cristo nos la da por el Espíritu Santo, a través de la Iglesia, ya que por la Iglesia recibimos los Sacramentos, destacando sobre todo Bautismo y Eucaristía.

El Bautismo, es *"la vida nueva en Cristo"* (Ef 2,5; 2Cor 5,17). Por él somos *"partícipes de la divina naturaleza"* (2Pe 1,4). Además, *"Elegidos de Dios, somos ciudadanos de su Reino, raza elegida, sacerdocio real, pueblo rescatado"* (1Pe 2,9).

Entidades complementarias

La Iglesia y el Mundo son entidades complementarias. La Iglesia abarca sobre todo lo referido al orden sobrenatural de las personas, como parte de la Revelación y de la presencia de Dios en el mundo. El Mundo se refiere sobre todo al orden natural de las personas y las estructuras, y a la autonomía de lo temporal y profano. Pues bien, el Concilio Vaticano II nos recuerda en *Apostolicam actuositatem* (1): *"La misión de la Iglesia no es sólo ofrecer a los hombres el mensaje y la gracia de Cristo, sino también impregnar y perfeccionar el orden temporal con el espíritu evangélico",* (AA 5). El Mundo, por su parte, es la *autonomía de lo profano*, pero en conexión con lo sagrado.

La Iglesia tiene también la misión de colaborar a estructurar el mundo profano, sin buscar dominarlo, como lo expresa la *Gaudium et Spes* (2) (GS

31). El cristiano no debe descuidar las tareas temporales, ya que los asuntos temporales no son ajenos a la vida cristiana (GS 43).

En cuanto al Mundo: La autonomía de que goza, no significa que las cosas no dependan de Dios y que el hombre pueda usarlas sin referirlas a Dios (GS 36).

De modo que, Iglesia y Mundo se complementan. El cristiano no puede reducirse al ámbito de lo religioso. Tiene que ir más allá de lo religioso. El cristiano, desde su libertad, ni ha de sacralizar lo temporal, ni ha de profanar lo religioso. Debe ser responsable, tanto en cuanto cristiano, como en el ejercicio de su profesión; porque es un testigo de Cristo.

Ahora bien, para que la sociedad funcione y la semilla del evangelio fructifique, se requieren unos presupuestos básicos, como son: La *Justicia cristiana*, que es la base de la caridad y entendimiento entre los individuos y los pueblos. La *Libertad cristiana*, que es la base del progreso. Se requieren igualmente *Estructuras socio-económicas* estables que hagan posible el desarrollo de los pueblos en general, y de los individuos en particular.

La mística y lo religioso

Haya sido Malraux el autor, o haya sido Rahner, o los dos, puesto que a los dos se atribuye, da lo mismo. Nos fijamos en la frase: *"El siglo XXI será religioso o no será"*. Qué significa esto. Primero: significa que el sentido religioso del ser humano jamás desaparecerá. Porque es cuestión genética. Lo religioso está en la genética del ser humano. Segundo: significa al mismo tiempo que el propio ser humano tiene que activar los resortes de lo religioso para que lo religioso influya en él y en su entorno.

El tema religioso seguirá inspirando el arte, en sus múltiples y tan variadas facetas. Y seguirá inspirando los sentimientos y el comportamiento de los seres humanos, porque el ser humano es religioso por esencia. No importa si es o no consciente de esto. En cambio, es cosa diferente lo que se llama *mística*, que corresponde más bien a estados emocionales, de fervor, de exaltación, etc., incluso a una ensoñación utópica.

En cambio, el tema religioso, en sí mismo, sin ponerle adjetivaciones, es siempre tema de acuciante actualidad. ¿Por qué? Porque corresponde a la entidad misma del ser humano. Lo religioso asienta sus bases en la realidad, no en la utopía.

Lo religioso en el ser humano corresponde a su identidad. No es de su libre elección. Pero, desde su libertad, puede dejar a un lado lo religioso. De este modo, nos encontramos con personas que han optado por negar a Dios. Ateos. O bien, creen en Dios, pero pasan de él. Agnósticos. En este estado de decisión, también es verdad que se está condicionado por el ambiente. Lo habitual es que, si se ha nacido en un país cristiano, se sea cristiano. Y si se ha nacido en un país musulmán, se sea musulmán. Condicionado por el ambiente que le rodea, y la religión a la que pertenezca, que le irá marcando cauces de comportamiento.

Importancia de la oración

La oración va unida a lo religioso. Al creyente, sea de la religión que sea, le es fácil hacer oración. Por el contrario, el no creyente, ni se plantea seguramente hacer oración.

Dicho esto, y tomando como referencia el ejemplo de Cristo, vemos que Cristo nunca aparece como un místico. Pero sí como hombre de mucha y profunda oración. ¿Por qué? Porque no se andaba por las nubes. No flotaba en una nube. Pisaba fuerte la realidad. Sabía de la necesidad de estar en constante sintonía con el Padre. Por eso era creíble. Y la gente confiaba plenamente en él. Cristo estaba con la gente, se daba a la gente. Era profundamente realista. Y se acercaba a la gente para hacer el bien, curando las dolencias materiales y espirituales. Infundiendo esperanza.

Multiplicación de los panes

La cercanía con la gente, le hacía ver los problemas que tenían, sus carencias, sus necesidades materiales y espirituales. Avalando lo dicho, en los cuatro evangelios se narra el pasaje de la multiplicación de los panes. Lo que se ha llamado el milagro de *la multiplicación de los panes y los peces* (Mt 14,13-21). En sí mismo, es un milagro portentoso. Pero conviene mirarlo por activa y por pasiva. Cuando vio que la gente que le seguía estaba hambrienta, lo primero que hace es decir a los apóstoles: *"Dadles vosotros de comer"* (Mt 14,16). La respuesta inmediata fue: *"Aquí no tenemos más que cinco panes y dos pescados"* (Mt 14,17). Esa es la respuesta fácil, evasiva al mismo tiempo. Claro que tenían. Bastó que alguien pusiera al servicio de los demás lo poco que tenía para que surgiera el milagro. Cabe sospechar que los demás también se animaran a hacer lo mismo. El resto, corrió a cargo de Cristo. Y un detalle: *"comieron todos y aún sobró"* (Mt 14,20).

Muy bueno el detalle. Comieron todos. Y todos juntos, en perfecta armonía. Cuando se comparte de corazón lo que se tiene, entonces hay mucho más de lo que pensamos. Pero, la multiplicación de los panes y peces tiene, sin duda, un trasunto de eucaristía.

La eucaristía es también un banquete. Todo el sentido y contenido del Reino de Dios está expresado en la metáfora de un banquete. *"El Reino de los cielos se parece a un banquete de bodas"* (Mt 22). Todos sabemos que un banquete de bodas es motivo de gozo, de alegría, de fiesta, compartida por todos.

La Palabra de Dios, no sólo la escrita, sino la Palabra viva en Cristo, nos invita a descubrir que el proyecto de Jesús es reunirnos en fraternidad real y universal. Al Reino de los cielos no se va por libre, sino en compañía de todos los hijos de Dios.

Hechos para vivir juntos

Efectivamente, estamos hechos para vivir juntos. Para compartir juntos la mesa de la amistad en verdadera fraternidad. De ahí que los humanos demos tanta importancia, y multipliquemos tanto, los banquetes. Banquetes de bodas, banquetes en familia, banquetes por tan distintos motivos. De ahí que Cristo emplee es símil constantemente. Es el lenguaje que la gente entiende. Corresponde a la realidad.

Pero es un problema que tenemos sin resolver. El problema del hambre en el mundo está sin resolver. Lo mismo que los problemas de las injusticias y diferencias sociales; la mala distribución de los bienes naturales, que son para todos en general, y no para unos pocos.

Si Cristo mandó repartir el pan, y el pan alcanzó para todos, y aun sobró. ¿No nos está diciendo esto algo muy directo a la conciencia personal y universal? Aquel fue un reparto sin humillaciones. Se hizo desde un gesto de amor por parte de Cristo. Desde un amor que dejaba en evidencia los egoísmos, y comprometía. La gente lo entendió.

No era una limosna. La limosna humilla, porque es algo que se da, normalmente porque sobra. En cambio, el banquete se comparte, se disfruta, en el gozo compartido, donde no hay primeros ni últimos puestos, sino una auténtica confraternización. Todos son aceptados, todos son bienvenidos.

Nos falta solidaridad, nos sobra egoísmo a los humanos. En el milagro de la multiplicación de los panes, Cristo nos dio la gran lección de la solidaridad. No lo hizo desde la compasión, que la compasión tiene poco de cristiana. Lo hizo desde el amor, y el amor sí es cristiano. Profundamente cristiano. El amor es la esencia del cristianismo y, por consiguiente, del cristiano.

---

(1) *Apostolicam actuositatem,* es un decreto del Concilio Vaticano II sobre el apostolado de los laicos.
(2) *Gaudium et Spes*, constitución pastoral del Concilio Vaticano II sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo.

-10-

LA VIDA VISTA DESDE LA FE

CONTENIDO DE ESTE CAPÍTULO

-La fe nueva forma de vida
-La fe impregna nuestro actuar
-La vida de fe anuncia a Dios
-En una sociedad organizada
-Necesidad de redescubrir la fe
-El Evangelio no son palabras
-La fe no puede ceder al miedo
-Unir lo roto
-La unidad exige conversión
-La noche oscura de la fe

La fe nueva forma de vida

Nuestro destino en este mundo es, ante todo, vivir. A sabiendas de que Dios nos ha regalado la vida como el don más maravilloso que podemos soñar. Pero hay cosas que estorban para poder vivir bien. Por ejemplo, la injusticia, el sufrimiento, la mentira, o el mal ambiente que continuamente nos puede rodear y hasta dominar. Es entonces el momento de recordar que la fe es vida. Que la vida viene de Dios. Y que la vida es, valga la tautología, para ser vivida.

Cuando vemos que la práctica religiosa, cada día decae más, lejos de acomplejarnos, o de pasar al montón borreguil del conformismo, es cuando hay que recordar las palabras de Cristo para llevarlas a la práctica: *"Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ése da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada"* (Jn 15,5).

Quien se encuentra con Cristo, por él encuentra a Dios en su vida y en su modo de vivir. Es cuando entiende por qué san Juan dice: *"Dios es Amor"* (1 Jn 4,16).

La fe, más que en la cabeza, está en el corazón. Porque la fe consiste fundamentalmente en confiarse y ponerse plenamente en las manos de Dios. Es, por tanto, una entrega total y confiada a Dios., el autor de la vida. La fe no puede quedarse en el nivel de lo especulativo. Necesita estar siempre en acción, lo que nos lleva a ver la vida desde la fe.

Podría también expresarse así: La fe es vivir en Cristo. Es una nueva forma de vida que impregna todo nuestro actuar personal. Cristo es la raíz de la vida cristiana. Y es Cristo quien nos lleva al encuentro personal con Dios. Encuentro que no puede quedarse en un simple *saber de Dios*, teórico. Es preciso tener la experiencia de Dios, no desde lo especulativo o teórico, (desde la cabeza, por así decir), sino desde el corazón; es decir, desde el amor, la confianza, el cariño, la entrega total. En definitiva, es Dios mismo quien nos da la capacidad de amarle. De esta manera, la fe es un auténtico diálogo de amistad con Dios.

La fe no va en la línea de las ideas, sino de la vida. La fe se hace vida cuando a la vida la contemplamos desde la fe. Fe, en primer lugar, para acercarnos a Dios que nos ha creado. Y vida que, al abarcar la fe, se convierte en gozosa acción de gracias. Todo nuestro ser se inserta así en la Vida misma de Dios en Cristo. De ahí que el autor de la carta a los efesios dirá: *"Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones"* (Ef 3,17). Y san Pablo en la carta a los romanos añada: *"El justo vive de la fe"* (Rom 1,17).

No tendría sentido alguno la vida cristiana si le faltara la fe, ya que la fe es la respuesta de amor que debemos dar al amor de Dios, que conforma toda nuestra vida. Y esa vida, ese amor. Y esa fe, encuentro en definitiva con Dios, que lo vivimos no sólo a nivel personal, sino también en la Comunidad viva que es la Iglesia. En ella participamos de la Palabra, de los Sacramentos, alimentos necesarios de nuestra fe.

La auténtica puerta de entrada al Reino de Dios es la fe. *"El que crea y se bautice se salvará"* (Mc 16,16). De modo que, la vida nueva que da la fe consiste en ir más allá de la simple vida natural, abriéndonos a un horizonte sin límites de plenitud personal, tanto en ésta como en la vida futura.

La fe impregna nuestro actuar

Vista la vida desde la fe, tenemos que ni una ni otra pueden quedarse en el arranque. La vida está llamada a crecer, a desarrollarse. Y lo mismo la fe. ¿De qué serviría sembrar una semilla si no germina? Cuando vida y fe van juntas, es más fácil emprender y continuar el camino de la perfección. La perfección es un camino ciertamente exigente, pero seguro. La meta de la fe es que lleguemos a la santidad. *"Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto".* (Mt 5,48).

En la Exhortación *Gaudete et exsultate* [1], que es un *llamado a la santidad en el mundo actual*, el papa Francisco nos recuerda que *la santidad es parresía: es audacia, es empuje evangelizador que deja una marca en este mundo. Para que sea posible, el mismo Jesús viene a nuestro encuentro y nos repite con serenidad y firmeza: «No tengáis miedo»* (Mc 6,50). *«Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos»* (Mt 28,20) (GE, 129).

Cuando la vida cristiana está impregnada por la fe, se abre a la realidad de cuanto le rodea. No se queda en una religiosidad cerrada, debe impregnar de evangelio, de buena Nueva, la vida entera, pues la vida cristiana no se reduce únicamente a la dimensión religiosa. Ciencia, cultura, economía, arte, política, etc., es decir, cuanto forma la realidad donde la vida del ser humano se desarrolla, entra también en el ámbito de la fe. El *"buen olor de Cristo"* (2Cor 2,15) es difusivo. Debe impregnar todos los ambientes. Hasta que lleguemos a la perfección definitiva en Dios. San Pablo lo expresa así: *"Ahora vemos en un espejo, en enigma. Entonces veremos cara a cara"* (1Cor 13,12).

La vida de fe anuncia a Dios

A sabiendas de que no es fácil, Cristo advierte que para seguirle se necesita llevar la cruz. Hay muchas maneras de llevar la cruz. Una consiste en suavizar su peso y su dureza, para que pese poco. Otra, llevarla humildemente, contrariando muchas veces nuestros propios gustos o intereses. En definitiva, ir contra corriente. Lo que equivale a que más de una vez seremos el hazmerreír de los incrédulos. Incluso, de cristianos superficiales.

Llevar la cruz supone también que hay que atenerse al cumplimiento de leyes y normas que, tantas veces, no dejarán de ser un fastidio. Como sucede con un semáforo, pongamos por caso. Vemos que cambia la luz, se pone en rojo, nos obliga a detenernos. Es un freno a la prisa. Vivimos en un mundo acelerado, nos come la prisa. Pero ahí está el semáforo de la fe que, lejos de ser un fastidio, es seguridad.

Esto mismo sucede con los Mandamientos de la Ley de Dios. Vistos en frío son un incordio, porque son un freno a nuestros instintos más primarios. Pero en la espléndida sabiduría de Dios son un inmenso bien para la humanidad en general y para la persona en particular. Nos ayudan a actuar con inteligencia y con racionalidad, pues la fe no es una entelequia. Hay que

llevarla a la práctica real de la vida cotidiana. Esto supone ajustar nuestro comportamiento a unas normas morales y también eclesiásticas. De esta manera, con nuestra vida de fe estamos anunciando a Dios que siempre actúa para nuestro bien.

En una sociedad organizada

Una sociedad culta e inteligente no produce más leyes que las necesarias para el bien común. Una sociedad mal dirigida será capaz de redactar toda una enciclopedia de leyes. Tiempo perdido. No por mucho madrugar amanece antes. Sucederá como sucedió a los judíos del Antiguo Testamento. Se atiborraron de mandamientos. Llegaron a redactar 613 mandamientos. ¿Quién puede aprendérselos de memoria? Más aún, a la hora de jerarquizarlos en orden de importancia, ¿cuál era el principal? Fue lo que llevó a que alguien preguntara a Cristo sobre este tema: *"Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la Ley?"* (Mt 22,36).

La Iglesia, organizada como sociedad, pues está formada por hombres y mujeres, necesita igualmente una trabazón externa. Y da normas que nos ayuden al seguimiento de Cristo. En la vida, no se puede ir por libre. Es como si, valga el ejemplo, en un partido de fútbol cada jugador fuera por libre, sería el caos.

Cuando Jesús les manda a los apóstoles ponerse en camino para ir a proclamar la Buena Nueva, así lo hacen. ¿Qué necesitan? Lo primero, tener voluntad personal de ponerse en camino. Lo segundo, conocer los medios con que cuentan para cumplir la misión, como son: el mensaje que han de transmitir, y el testimonio personal. Ahora bien, si vamos a transmitir el mensaje de Cristo, antes hay que haberlo asimilado. Esto no sucederá sin un amor verdadero a Cristo.

Necesidad de redescubrir la fe

El creyente, situado en medio de una sociedad, muchas veces adversa, necesita redescubrir la verdadera dimensión y misión de su fe. Y creer de verdad a Jesús que nos dice: *"Id y proclamad que el Reino de los Cielos está cerca. Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, arrojad demonios. Gratis habéis recibido. Dad gratis"* (Mt 10,7-8).

Qué difícil, sin duda, resulta poner en práctica esto último, *dad gratis*, cuando nuestra sociedad cada día más desconoce la verdadera gratuidad.

Cuando son pocas las mismas ONGs que trabajan desinteresadamente. Cuando la pobreza de unos se convierte en explotación y riqueza para otros.

El Evangelio es proclamación, y denuncia a todos los niveles. El papa Francisco en *Querida Amazonia* [(2)], una Exhortación transida de poesía y de sentido común, pero con un profundo sentido de denuncia profética, dice: *"Me atrevo humildemente, en esta breve Exhortación, a expresar cuatro grandes sueños que la Amazonia me inspira.*

-Sueño con una Amazonia que luche por los derechos de los más pobres, de los pueblos originarios, de los últimos, donde su voz sea escuchada y su dignidad sea promovida.

-Sueño con una Amazonia que preserve esa riqueza cultural que la destaca, donde brilla de modos tan diversos la belleza humana.

-Sueño con una Amazonia que custodie celosamente la abrumadora hermosura natural que la engalana, la vida desbordante que llena sus ríos y sus selvas.

-Sueño con comunidades cristianas capaces de entregarse y de encarnarse en la Amazonia, hasta el punto de regalar a la Iglesia nuevos rostros con rasgos amazónicos" (nº7).

Sueños proféticos que, en realidad, son al mismo tiempo una denuncia explícita. El papa se hace eco de las voces amazónicas que denuncian las amenazas de destrucción de las industrias ganaderas, madereras, mineras, eléctricas que explotan los recursos de la selva amazónica. *"Es necesario indignarse como se indignaba Moisés, como se indignaba Jesús, como Dios se indigna ante la injusticia".* Denuncia el pasado y el presente: *"Las historias de injusticia y crueldad ocurridas en la Amazonia aun durante el siglo pasado deberían provocar un profundo rechazo, pero al mismo tiempo tendrían que volvernos más sensibles para reconocer formas también actuales de explotación humana, de atropello y de muerte"* (nº 15).

El papa destaca también la labor misionera de la Iglesia en la región: *"Nos alienta recordar que, en medio de los graves excesos de la colonización de la Amazonia, llena de 'contradicciones y desgarramientos', muchos misioneros llegaron allí con el Evangelio, dejando sus países y aceptando una vida austera y desafiante cerca de los más desprotegidos".* (nº 18).

Los cristianos tenemos una tarea urgente, como es proclamar que Dios está cerca del hombre, que está empeñado en salvarlo. Que Dios busca la felicidad de todos y de cada ser humano.

El Evangelio no son palabras

El Evangelio no son palabras, no son discursos lanzados al viento por las ondas de la radio o de la televisión, por más que éstos sean medios que ayudan. Ni tan siquiera es una catequesis, que también. Es trabajar por infundir a los hombres y mujeres de hoy una nueva vida. La Vida en Cristo.

Eso significa curar enfermos, liberar a las personas de todo aquello que las paraliza, les roba vida o la ilusión de vivir. Necesitamos luchar para tratar de erradicar el mal y el sufrimiento. Y, sobre todo, infundir esperanza. Que esto es sanar el alma y el cuerpo de todos los que se sienten destruidos por el dolor y la dureza misma de la vida diaria. Una sociedad donde muchos de sus miembros se mueren de hambre es una sociedad injusta. Es preciso resucitar muertos, es decir, liberar a las personas de todo aquello que bloquea sus vidas o mata su esperanza.

El Evangelio es un despertar de nuevo el amor a la vida. Es ayudar a que las personas pongan su esperanza y confianza en Dios. Por eso la fe, llevada a la práctica, no puede tener complejos. No se puede ser cristiano en cuanto a las ideas y el convencimiento personales, y dejar de serlo en la práctica.

La fe no puede ceder al miedo

La fe no puede ceder al miedo, a la mentira, a la hipocresía, al convencionalismo. La fe necesita ser traducida en obras. Ayudar a las personas a vivir con más verdad, con más sencillez y con más honradez. Donde se vive la fe se vive y anuncia a Dios.

Unir lo roto

La historia del cristianismo ha conocido muchas rupturas. Desde los comienzos. Ha habido rupturas de pensamiento, de interpretación de la doctrina, de ideas, etc. Y la ruptura más dolorosa, los cismas. Todo ello ha golpeado con fuerza el sentido de la unidad de los cristianos.

Ya en el tiempo mismo de los apóstoles, surge la primera discrepancia: la de los judaizantes, que dio lugar al primer Concilio de la Iglesia, el de Jerusalén. Se reunieron, hablaron, y se solucionó el problema. Más tarde llegaron una serie interminable de herejías (no es ahora el momento de analizarlas). Pero sí de señalar, en primer lugar, el *Cisma de Oriente* en el siglo XI, con Miguel Cerulario, patriarca de Constantinopla, hoy Istanbul, que dio origen en 1054 a la Iglesia ortodoxa. En segundo lugar, el *Cisma de*

Occidente. Tuvo lugar en 1.378, durante los la Guerra de los Cien Años. A la muerte del Papa Gregorio XI son elegidos para sucederle, no uno, sino dos pontífices: Urbano VI en Roma y Clemente VII en Aviñón.

Durante 36 años, la Iglesia estuvo dividida en facciones seguidoras de dos y hasta de tres papas. El Concilio de Constanza, en 1.414, puso fin al Cisma nombrando papa a Martín V.

En el siglo XVI, con Martín Lutero, en Alemania (1517) tiene lugar la peor de las rupturas dentro del cristianismo. Es la llegada del protestantismo. Sin olvidar a Enrique VIII en Inglaterra (1539), que dio lugar a la Iglesia anglicana. Lutero rompe oficialmente con la Iglesia en 1520, cuando desarrolla sus teorías reformistas. El papa León X le condena y excomulga como hereje, mediante una bula que Lutero quemó públicamente. Carlos V lo declara proscrito tras escuchar sus razones en la Dieta de Worms en 1521.

Mientras tanto, Lutero permanece escondido bajo la protección de Federico III de Sajonia. Pero el mal estaba hecho. Sus ideas no quedaron en el ámbito de la teología y de la Iglesia. Pasaron al campo político y civil. Lo que fue aprovechado por algunos príncipes deseosos de afirmar su independencia frente al Papa de Roma y frente al emperador. Y Lutero, con todos los apoyos recibidos, se convierte en dirigente del movimiento protestante, conocido como *La Reforma*. Movimiento que, lejos de guardar la unidad, se fracciona en distintos grupos o iglesias, que dan luego lugar a las sectas y subsectas protestantes, tan de moda en Latinoamérica.

Así las cosas, es claro que hoy, a pesar del gran esfuerzo ecuménico que se lleva a cabo entre las distintas Iglesias, resulta imposible unir lo roto. El jarrón de la unidad se hizo trizas. ¿Lo veremos alguna vez vuelto a su estado primigenio? Difícil parece. En cambio, sí se puede lograr, al menos, un mínimo de unidad dentro de la pluralidad. Arreglar lo roto es imposible, pero juntar los trozos rotos, como los restos arqueológicos que se exponen en un museo, sí es posible.

La unidad exige conversión

Todos cuantos creemos en Cristo tenemos en él el gran signo de la unidad. Por esa unidad, aunque en una escala muy diferente, había luchado san Pablo en Corinto. Es san Pablo quien nos descubre una situación poco ejemplar en la primitiva comunidad de Corinto. No era una comunidad de perfectos e impecables. Perfecto solo es Dios. Una comunidad perfecta no existe. Pero la fuerza del Espíritu es más grande que nuestra debilidad. Pablo

les dice que *Cristo no puede estar dividido* (ver 1Cor 1,10-17). Y apela a la necesidad de conversión. La unidad se produce cuando previamente hay una actitud de conversión.

La conversión se realiza tras el encuentro con Cristo. Estando la unidad en Cristo, se necesita el dinamismo de la conversión continua y progresiva a todos los niveles, tanto internos o intraeclesiales, como externos o ecuménicos.

Por eso, Cristo reza al Padre: *"Que todos sean uno, como nosotros somos Uno, para que el mundo crea que tú me has enviado"* (Jn 17, 21-23).

Por ser libre, el ser humano puede optar por la incredulidad. De hecho, la Biblia, el Libro por excelencia del creyente, descubre, al mismo tiempo que la fe, la incredulidad de los hombres. Descubre la incredulidad de Israel, el Pueblo de Dios. Pueblo de *"dura cerviz"* (Ex 32,9), peregrino entre tensiones por el desierto, al que la fe le resulta muchas veces difícil. Y claudica de Dios, hasta hacerse un sustituto de Dios, construyéndose un ídolo, el famoso *becerro de oro* (Ex 32).

La experiencia nos consta también el desinterés por Dios en la vida práctica de muchos hombres: agnósticos, ateos, etc.

La noche oscura de la fe

La fe tiene también su noche oscura, no siempre es luz radiante. Y llega la crisis de fe. Tenemos ejemplos en la Biblia: Profetas como *Jeremías* (Jr 12, 1-6); 15, 10-21); *Job*, (Jb 3; 10), etc., tuvieron su noche oscura de la fe.

Ocurre también que la fe, a veces, es una fe insuficiente. Otras veces, que hay miopía de fe. O bien, por no comprender el sentido de la fe; o también, por la falta de compromiso vital en ella. Hay ejemplos en los evangelios. Por ejemplo, cuando la tempestad en medio del lago: *"¡Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe!"* (Mt 8,26). Cuando Jesús camina sobre las aguas y Pedro le dice que también él lo pueda hacer, y Pedro se hunde: *"Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?"* (Mt 14,31). Cuando los discípulos no llevaron pan: *"Hombres de poca fe, ¿cómo estáis pensando que no tenéis pan?"* (Mt 16,8). Cuando los discípulos preguntan a Jesús por qué no pudieron expulsar el demonio: *"Porque tenéis poca fe"* (Mt 17,20). Encontramos otro ejemplo en san Lucas: *"Si Dios viste así a la hierba, que*

hoy está en el campo y mañana es echada al fuego, ¡cuánto más hará por vosotros, hombres de poca fe!" (Lc 12,28).

Desde la fe necesitamos, pues, encontrarnos con Dios. Con el Dios que actúa en la Historia. Fue la experiencia del Pueblo de Dios, Israel. Con el Dios vivo, desechando los ídolos que la conveniencia impone. Con el Dios santo, que nos pide santidad: *"Sed santos, como vuestro Padre celestial es santo"* (Mt 5,48). Con el Dios, que es Padre. Ahí tenemos la preciosa oración del Padrenuestro que nos enseñó Jesús: *"Padre nuestro, que estás en el cielo…"* (Mt 6,9).

Y necesitamos buscar el rostro auténtico de Dios**.** Lo primero es descubrir nuestros ídolos, para poder dar paso a Dios. En nuestra búsqueda y experiencia personal de Dios, de inmediato lo encontramos en Cristo, que es quien nos lo ha revelado y manifestado a los hombres.

Cristo nos revela a Dios, como el Dios Creador, Santo y Misericordioso, Cercano y Padre, que, a su vez, nos hace descubrir nuestra propia dignidad: somos hijos de Dios.

---

(1) *Gaudete et exsultate*, es la tercera exhortación apostólica del papa Francisco, abril 2018.
(2) *Querida Amazonia:* Exhortación apostólica al pueblo de Dios y a todas las personas de buena voluntad, del papa Francisco, febrero de 2020.

-11-

LOS CRISTIANOS LAICOS

CONTENIDO DE ESTE CAPÍTULO

-Laicos o seglares
-El cristiano laico hacia dentro
-El cristiano laico hacia fuera
-Identidad cristiana del laico
-Profesional competente
Sentir a Cristo como Redentor

Laicos o seglares

A los cristianos no sacerdotes se les denomina *laicos* o *seglares*. Ambos vocablos significan lo mismo. La diferencia viene de la distinta raíz cultural. El término *laico* viene del griego, y el término *seglar* procede del latín. Tanto los *sacerdotes*, más propio el término *curas*, como seglares, formamos el Cuerpo de Cristo. Todos estamos enrolados en la misma Historia de Salvación.

San Pablo, al hablar de la Iglesia, emplea un símil que se entiende a la perfección. Dice que la Iglesia es *"el Cuerpo de Cristo"*. Naturalmente, el cuerpo está formado por la cabeza, y los miembros. *La Cabeza es Cristo, los miembros, todos los cristianos.* Y dice: *"Así como el cuerpo tiene muchos miembros, y sin embargo es uno, y estos miembros a pesar de ser muchos, no forman sino un solo cuerpo, así también sucede con Cristo"* (1Cor 12, 12).

Ahora bien, siguiendo la metáfora de san Pablo, los miembros de ese Cuerpo, es decir, los cristianos, todos son iguales, tantos laicos como sacerdotes. A los sacerdotes se les llama también *presbíteros*; es el nombre bíblico que aparece desde el principio. Significa *anciano*, no en razón de la edad, sino de su magisterio como *líde*r. Han sido consagrados sacerdotes para servir espiritualmente al pueblo. Pertenecen a la jerarquía, junto con el papa y los obispos, lo que no significa que sean más importantes que el resto de los cristianos.

El cristiano laico hacia dentro

La Biblia nos presenta la Historia de la Salvación, y, dentro de esta Historia Cristo es el centro, como *"la plenitud de los tiempos"* (Gál 4,4). En Cristo se expresa y realiza *"la nueva y definitiva Alianza",* concretada en la sangre redentora de Cristo (Lc 22,20; 1Cor 11,25), pues Cristo es el *Mediador de la Alianza* (Heb 9,15; 12,24). Tengamos en cuenta que si ha habido necesidad de una alianza es porque ha habido una ruptura en la Creación original. Pero la ruptura no se produce en el cosmos, sino en el hombre. El hombre, varón y mujer, no supo comportarse como el lugarteniente de Dios sobre la tierra. Ahí está la ruptura, no como algo fácilmente inteligible, sino como un hecho consumado. No se ha roto, pues, el cosmos, lo que se ha roto ha sido el hombre.

Resulta fascinante contemplar la Creación en su conjunto, como fascinante es la contemplar el amanecer de cada día, espléndido de luz y de belleza. Algo así sucede con el cristianismo. Bellísimo en Cristo, como *"Nueva Creación":* (Ef 2,15; 4,24). Es la "hechura de Dios": (Ef 2,10; 2Cor 5,17; Gál 6,15), que nos hace *"nacer de nuevo"* al incorporarnos a Cristo por el Bautismo: (Jn 3,5; Tit 3,5; Sant 1,18); 1Pedr 1,23). De ahí que el cristiano ha de mirar hacia dentro de sí mismo. Y sentirse, de verdad, cristiano.

El cristiano laico hacia fuera

La novedad del cristianismo, y por consiguiente del cristiano, es el mismo Cristo, Dios y Hombre verdadero, que ha venido al mundo a salvarnos.

Ser cristiano no consiste en cumplir o practicar una serie de ritos. O, en ser muy devoto, o algo semejante. Cristo proclama una religión *"en espíritu y en verdad"* (Jn 4,23), que ha de vivirse también hacia fuera, es decir, actuando como *"sal de la tierra"* (Mt 5,13), que es un don de Dios que debe manifestarse con alegría. Ese don, hay que comunicarlo con entusiasmo. Actuando al mismo tiempo como *"luz del mundo"* (Mt 5,14), o *"levadura que fermenta la masa"* (Lc 13,18-21).

Ahora bien, no se puede ser sal, luz o levadura, en cristiano, sin conocer el mensaje perenne y maravilloso del cristianismo: (2 Pe 1,3-18). Lo cual nos está indicando la necesidad que tenemos de centrarnos en Cristo. Y, más en particular, en *Cristo Resucitado* (Hch 4,33).

Los campos de actuación como cristianos son muy amplios. Pero hemos de dar prioridad a las distintas instancias que se nos presentan en la

vida, como son la familia, la política, la economía, etc., siguiendo el señalamiento que hace el papa san Juan Pablo II en la Exhortación apostólica *"Christifideles Laici"* [1]. Esto nos lleva a comprometernos en la evangelización y difusión de la Buena Nueva: (Mt 28, 19-20; Mc 16, 15-16; Lc 24,47).

Identidad cristiana del laico

A los cristianos nos identifica e iguala el Bautismo, por el que quedamos incorporados a Cristo. Ahora bien, dentro de esta igualdad, no a todos corresponden las mismas funciones. De ahí que, sobre todo en razón de los sacramentos, hay cristianos que ejercen específicamente el cuidado sacramental que podemos llamar de las *almas*, como son los sacerdotes. Por eso, en la Iglesia tenemos una *jerarquía* formada por *el papa, los obispos, los curas*. Ser papa, obispo, o cura, no los hace superiores al resto de los cristianos. Pero tienen la misión de guiar al resto de los cristianos, que llamamos *seglares* o *laicos*.

A los sacerdotes o *cura*s, y a los *religiosos consagrados*, corresponde, sobre todo, el campo de lo *espiritual*. A los laicos corresponde, sobre todo, el mundo llamado de las cosas *temporales*, como son la familia, el trabajo en general, la economía, etc.

Entre los cristianos laicos o seglares, hay creyentes practicantes, y, creyentes no practicantes. Incluso creyentes sólo en teoría. Nos referimos a los creyentes-creyentes. Por el Bautismo, el cristiano seglar es un miembro que pertenece a la Iglesia. Lo mismo que quien ha optado por el estado religioso o clerical. Unos y otros, están llamados por igual a edificar el Reino de Dios. Cada quien según su estado.

El seglar, en cuanto tal: su cometido propio es la *"secularidad"*, como lo expresa el Concilio Vaticano II en la *Lumen Gentium* [2] (LG 31). El seglar es un cristiano que actúa en el mundo *sin ser del mundo* (Jn 15,19).

Puesto que todos los bautizados son Iglesia, y, en consecuencia, todos participan en la misión salvadora de la Iglesia, su campo de apostolado tiene una triple función, o actuación: *profética, sacerdotal, real.*

La función *profética* consiste en dar testimonio de su fe. La *sacerdotal* consiste en su actuación en la liturgia, en los ministerios laicales que ésta tiene, incluyendo el diaconado permanente. Y el *real*, como es la dimensión social, donde entra Cáritas, etc. y la cristianización de las estructuras y

ambientes. En esas *estructuras*, entran la familia, el trabajo, y la sociedad en general.

En el Evangelio, Cristo pone un ejemplo muy gráfico, el de la Viña, en la que todos estamos llamados a trabajar. Trabajar en la Viña del Señor, es contribuir a la realización temporal del Reino de Dios, como anticipo del Reino eterno.

Hay, por consiguiente, una corresponsabilidad de todos, seglares y religiosos, en la misión de la Iglesia. Hay una apertura a una visión espiritual y trascendente de la vida, como señala la *Christifideles Laici* (ChrL, intr. 4). Y hay, finalmente, una búsqueda de lo religioso, es decir, un retorno al sentido de lo sacro y a la oración, que puede traducirse como la voluntad de ser libres y poder invocar el Nombre del Señor (ChrL, 4,6).

El cristiano seglar se manifiesta en cuanto tal, y vive el Evangelio sirviendo a la persona y a la sociedad, ¿de qué manera? Promoviendo la dignidad de la persona y el derecho a la vida. Teniendo a la familia como primer campo en el compromiso social. Ayudando a situar al ser humano en el orden económico y social, evangelizando la cultura y la política.

Ahora bien, todo esto, siendo tan real y obvio, necesita una formación integral, tanto profesional como religiosa. Lo cual, hoy en día, tiempo de pandemia, no es nada fácil. La formación telemática, aun aplicando el dicho de que es mejor poco que nada, no es la mejor formación. Por buenas que sean, lo mecánico no suple a lo humano. Donde esté presente un buen profesor, que se quiten las máquinas. El *Covid-19* no sólo ha matado a mucha gente. Esto es lo más dramático y triste. También está hipotecando la cultura. El cierre de aulas en universidades y colegios pasa factura. Volver a tomar velocidad de crucero en la enseñanza, va a tomar mucho tiempo, y se va a notar.

Profesional competente

Cualquier persona necesita estar preparado para realizar bien aquello a lo que dedica su vida. Necesita ser un profesional, en mayor o menor grado, que le hará sentirse satisfecho de su trabajo. Da lo mismo si se trata de un agricultor, de un ingeniero, de un especialista en alta cirugía, o de una ama de casa. Esto mismo vale si lo aplicamos a la labor evangelizadora de un cristiano. No importa que no haya alcanzado un alto grado académico. No por más títulos y diplomas se es más competente.

Pero descubrir y vivir la propia vocación y misión con profesionalidad es garantía de éxito. Porque si uno no se siente realizado en sí mismo, feliz consigo mismo, no podrá ayudar a realizarse a los demás. En cambio, si se siente realizado, podrá emprender con ganas la tarea de la evangelización. La cual no se lleva a cabo en solitario, sino en comunión con Cristo y con la Iglesia.

A nadie se le ocurrirá emprender una tarea evangelizadora si no es un seguidor de Cristo. Lo uno es consecuencia de lo otro. Para seguir a Cristo, lo primero que se necesita es decisión. Nadie que vaya a la fuerza será buen seguidor. Simplemente, no será seguidor.

No deja de ser curioso este dato: Cristo invita, *"Quien quiera seguirme..."* (Mt 16,24). No obliga. Respeta totalmente la libertad de cada persona. Seguir a Cristo es cuestión de amor. El amor es libre. El seguimiento de Cristo se realiza desde el amor. Pero quien esté dispuesto a seguir a Cristo, debe saber que no estará solo. Tendrá la fuerza del Espíritu Santo. Es él quien sostiene la fe del creyente. Y creyente es aquel que vive la experiencia de Dios, que consiste en dejarse amar de Dios.

Para un cristiano no hay más espiritualidad que la del Evangelio. Todo lo demás son añadiduras, complementos, y a veces suplementos o sucedáneos. Como suele decirse, no es lo mismo un buen café que un nescafé.

Sentir a Cristo como Redentor

Quien ve a Cristo como redentor, necesariamente lo está viendo como amigo, como compañero de viaje en el diario caminar de la vida, donde los problemas no van a faltar.

Todos necesitamos de los demás. El cristiano no debe caminar en solitario. Por eso Cristo ideó la Iglesia. La pensó como una Comunidad de fe, de esperanza y de amor. Para que nunca nos sintamos ni caminemos solos.

Quien es de Cristo, también se siente miembro de la Iglesia, y aprende así a organizar la propia vida en torno a Cristo y en torno a lo que Cristo ama.

---

(1) *Christifideles Laici* (Los fieles laicos), Exhortación apostólica del papa san Juan Pablo II, diciembre de 1988, sobre la vocación y la misión de los laicos en la iglesia y el mundo.

(2) *Lumen Gentium* (Luz de las gentes), una de las cuatro Constituciones sobre la Iglesia promulgadas por el Concilio Vaticano II.

-12-

LOS DIEZ MANDAMIENTOS SON UNO

CONTENIDO DE ESTE CAPÍTULO

-Vivir en el amor
-Cómo amar
-El Credo símbolo de la fe
-Dios se hace visible en sus obras
-La plenitud de la Revelación es Cristo
-El futuro del ser humano

Vivir en el amor

Eso de *vivir en el amor* suena bien, pero, ¡qué difícil es amar, en la práctica!, por más fácil que parezca. Más que nada, porque no se trata de un amor romántico, sino cristiano. Y, es que, el amor conlleva también el perdón. Ser cristiano es remar contra corriente, de uno mismo, y de los demás. Cada quien tenemos nuestro *ego*, siempre tan intocable. Pero viene Cristo y nos planta el *Mandamiento del Amor* como santo y seña de sus seguidores. *"El que vive en el amor permanece en Dios y Dios en él"* (1Jn 4,16). Habrá que preguntarse: ¿Y cómo se vive en el amor? Pues, amando a Dios y al prójimo, porque el amor a Dios y al prójimo se identifican: (ver Mc 12, 28-33; Jn 15,12). El amor al prójimo es signo del amor a Dios: (ver 1Jn 2, 3-11).

En su Carta, el apóstol Santiago dice: *"Hermanos, ustedes que creen en nuestro Señor Jesucristo glorificado, no hagan acepción de personas"* (Sant 2,1). Muchas veces las apariencias engañan. Y, por eso advierte a continuación que no pongan en lugar preferente al que va lujosamente vestido, y, en cambio, en el último al que va pobremente vestido (Sant 2,2-4).

Desde muy pequeños aprendimos, primero de nuestros padres, y luego en la catequesis, los *Diez Mandamientos de la Ley de Dios*. Son norma y guía de nuestra vida moral como cristianos. Hay personas que, a la hora de hacer el examen de conciencia para confesarse, utilizan los Diez Mandamientos. Está bien. Pero Cristo, por si nos fallara la memoria, facilita aún más las cosas cuando, no suprimiendo, sino englobándolos, los sintetiza en dos: amar a Dios y amar al prójimo. Pero aun estos dos los convierte en uno: amar.

Cuando un doctor de la ley le pregunta que cuál es el mandamiento más grande de la ley, Jesús le responde: *"Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu espíritu. Éste es el más grande y el primer mandamiento. El segundo es semejante al primero: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos dependen toda la Ley y los Profetas"* (Mt 22,34-40). Es, pues, cuestión de amar. El amor sintetiza y expresa todo.

Cómo amar

El modelo lo tenemos en Cristo. No hay, pues, que discurrir mucho para dar con la clave. Hay que amar con el amor con que Cristo ama (Jn 13,34). El amor es el Testamento del Señor: *"Quien ama a Dios ame también a su hermano"* (1Jn 4,21). Y la razón del amor está en que *"Cristo nos amó y se entregó por nosotros"* (Ef 5,1).

El amor cristiano está siempre impulsado por el Espíritu Santo. San Pablo nos recuerda: *"El amor ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo"* (Rom 5,5). De ese modo, el amor se convierte también en signo de unidad (Ef 4,3). Al mismo tiempo, la unidad está adornada por la diversidad de dones en la Iglesia, que son su riqueza en el Espíritu: (Ef 4, 7-13; 1Cor 12,4).

Pero el amor no puede quedarse en lo teórico. Debe descender a lo práctico. Porque la fe y el amor cristianos van unidos. En el *Documento de Aparecida* (1) se nos recuerda que *"el inicio del cristianismo es un encuentro de fe con la persona de Jesucristo" (DA 243).* Y que, *"La propia naturaleza del cristianismo consiste en reconocer la presencia de Jesucristo y seguirlo" (244).*

Y, con anterioridad, el *Documento de Puebla* (2) indica formas concretas de amar, que tocan la conciencia de la humanidad. Señala expresamente en el *Mensaje a los pueblos de América Latina* (cap. II, titulado: *Visión socio-cultural de la realidad de América Latina* (nn. 31-39):

31. La situación de extrema pobreza generalizada, adquiere en la vida real rostros muy concretos en los que deberíamos reconocer los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor, que nos cuestiona e interpela;

32. —rostros de niños, golpeados por la pobreza desde antes de nacer, por obstaculizar sus posibilidades de realizarse a causa de deficiencias mentales y corporales irreparables; los niños vagos y muchas veces explotados de nuestras ciudades, fruto de la pobreza y desorganización moral familiar;

33. —rostros de jóvenes, desorientados por no encontrar su lugar en la sociedad; frustrados, sobre todo en zonas rurales y urbanas marginales, por falta de oportunidades de capacitación y ocupación;

34. —rostros de indígenas y con frecuencia de afroamericanos, que, viviendo marginados y en situaciones inhumanas, pueden ser considerados los más pobres entre los pobres;

35. —rostros de campesinos, que como grupo social viven relegados en casi todo nuestro continente, a veces, privados de tierra, en situación de dependencia interna y externa, sometidos a sistemas de comercialización que los explotan;

36. —rostros de obreros frecuentemente mal retribuidos y con dificultades para organizarse y defender sus derechos;

37. —rostros de subempleados y desempleados, despedidos por las duras exigencias de crisis económicas y muchas veces de modelos de desarrollo que someten a los trabajadores y a sus familias a fríos cálculos económicos;

38. —rostros de marginados y hacinados urbanos, con el doble impacto de la carencia de bienes materiales, frente a la ostentación de la riqueza de otros sectores sociales;

39. —rostros de ancianos, cada día más numerosos, frecuentemente marginados de la sociedad del progreso que prescinde de las personas que no producen.

Definitivamente, *"la fe actúa por el amor"* (Gál 5,6). La fe es conversión, porque nos lleva a ver la realidad del mundo que no rodea, a tocar el pulso de la conciencia, y a actuar en consecuencia. Los cristianos santos, son santos no por los milagros que hacen, supuestamente, sino por el amor y acercamiento al necesitado. La santidad no es una meta, es una actitud permanente de vida.

El Credo símbolo de la fe

Símbolo, palabra griega, significa *señal*, o *contraseña*. Designaba un objeto, que se partía en dos. La señal de autenticidad era que coincidieran las dos mitades al juntarse.

La palabra símbolo, aplicado al Credo, significa: *La Colección de las principales Verdades de Fe*, es decir, aquello en lo que la Iglesia cree. El más autorizado es el conocido como *'Símbolo Apostólico'*. Contiene las principales verdades de la fe transmitidas por los Apóstoles.

Otro símbolo autorizado es el: *'Niceno-constantinopolitano'*. Contiene las mismas verdades de la fe recopiladas en dos Concilios

Ecuménicos. El de *Nicea* (año 325), y el *I de Constantinopla* (año 381). Nos remiten al llamado *'Depósito de la fe'*, constituido por: la *Sagrada Escritura* y la *Tradición apostólica*.

Todos los datos, doctrinales, bíblicos, etc., contenidos en el Credo y que corresponden a la Revelación de Dios, han sido estudiados, explicados, y desarrollados por: los *Santos Padres* y los *Teólogos de la Iglesia* a lo largo de dos mil años largos de cristianismo. Es decir, la *Biblia* y la *Tradición.*

Para poder cumplir el precepto del amor, es necesario tener una fe bien arraigada. Esta fe se expresa muy bien en el Credo. Hay que creer en Dios, que siendo Uno, se revela en Tres Personas. Dios es el Creador, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que es el Verbo hecho Hombre, y el Espíritu Santo.

Dios recibe distintos. En el siglo X a.C. (en Judá), la tradición Yavista, lo llama *Yahvé*. En el siglo IX a.C. (en Israel), tradición Elohísta, lo denomina *Elohim*. El Antiguo Testamento emplea el nombre Yahvé 6.700 veces, por 2.000 Elohím, y sólo 14 veces es llamado Padre.

Dios se hace visible en sus obras

Puesto que los llamados *Mandamientos de la Ley de Dios* proceden de Dios, necesitamos conocer a Dios. A propósito, la *Dei Verbum* [(3)] dice: *"Quiso Dios, con su bondad y sabiduría, revelarse a Sí mismo y manifestar el misterio de su voluntad; mediante el cual los hombres, por Cristo, la Palabra hecha carne, y con el Espíritu Santo, pueden llegar hasta el Padre y participar de la naturaleza divina"* (Dei Verbum, 2).

San Pablo sale en nuestra ayuda cuando se expresa así en la Carta a los romanos: *"Lo cognoscible de Dios es manifiesto a ellos, pues Dios se lo manifestó; porque desde la creación del mundo, lo invisible de Dios, su eterno poder y divinidad, son conocidos mediante las obras. De manera que son inexcusables"* (Rm 1, 19-21). Mediante sus *obras*. Pero Dios también se da a conocer *por medio de la razón: "Lo que es posible conocer a cerca de la divinidad, lo tienen ellos a su alcance, por cuanto Dios mismo se lo ha puesto ante los ojos. En efecto, partiendo de la Creación del Universo, la razón humana puede llegar a descubrir, a través de las cosas creadas, las perfecciones invisibles de Dios: su eterno poder y su divinidad"* (Rm 1,18-21). La Revelación divina constituye, pues, la base de la fe. De ahí que, junto a la inteligencia del hombre, hay que situar el *yo creo* personal, que da acceso al misterio de Dios. La fe es personal. ¿De qué sirve que los demás crean si yo no creo?

La *Dei Verbum* [3] dice: *"Por Cristo, la Palabra hecha carne, y con el Espíritu Santo, pueden los hombres llegar hasta el Padre y participar de la naturaleza divina. En esta revelación, Dios invisible, movido por amor, habla a los hombres como amigos, trata con ellos para invitarlos y recibirlos en su compañía"* (Dei Verbum, 2).

La plenitud de la Revelación es Cristo

Dios se comunica al hombre de modo gradual. Lo introduce, poco a poco, en lo sobrenatural, hasta alcanzar la plenitud, que es Cristo. De ahí que la historia de Dios y del Hombre sea *Historia de Salvación.*

Naturalmente, a la revelación definitiva en Cristo nos corresponde dar una acogida personal desde la libertad. Nadie debe ser forzado a abrazar la fe contra su voluntad.

A lo largo de los siglos, el ser humano ha pasado por distintos procesos evolutivos de fe. No siempre tuvo consciencia de la existencia de un solo Dios. Pero sí de la existencia de alguien superior a él. Incluso grandes pensadores, como Platón, no tuvieron clara la existencia de un solo Dios. Hasta llegar, según vemos en la Biblia, a la *Fe monoteísta*: un solo Dios frente a las mitologías politeístas y coetáneas del Antiguo Testamento.

En el Pueblo de Israel, entre tantos sacrificios como ritualmente ofrecían, no aparecen los sacrificios humanos rituales. En muchos otros pueblos y razas sí, hasta llegar a eliminarlos, como vemos que ocurre en las distintas culturas de los pueblos que habitaban el inmenso territorio de lo que hoy llamamos América, tras la conquista.

Terminar con los sacrificios humanos significó también la recuperación de la dignidad de la persona humana, y su consecuente libertad. No olvidemos nunca que la persona es imagen y semejanza de Dios.

El futuro del ser humano

El hombre es un ser social, responsable de su propio futuro y el de los demás. Está hecho para el progreso y el avance técnico en favor de la persona. Es el que va marcando el sentido de la Historia. Tiene ventaja, sobre tiempos pasados conocidos, por el enorme avance de los medios de comunicación social de hoy, como son internet, etc. Pero, al mismo tiempo, puede encontrar un fuerte obstáculo al progreso personal en la masificación

que imponen las grandes ciudades, en una sociedad con tendencia a la secularización de vida. Mientras se superan viejos mitos religiosos, fácilmente se cae en los mitos profanos de la ciencia y la política.

Es el momento de cuestionarse, ¿cómo se plantea el Hombre su futuro? ¿Será suficientemente libre para ser protagonista y señor de la Historia, o será dominado por la ciencia y la técnica? Sometido como está a las fuertes tensiones, que la vida misma y el progreso producen, ¿será capaz de humanizar la vida, para que haya menos injusticias, menos pobreza, y un mayor sentido de libertad e igualdad? El cumplimiento de los Mandamientos de Dios, no significa observar unas leyes, que son de ley natural y están inscritas en la naturaleza, sino superar los grandes desafíos que se le presentan para poder poner a Dios en el centro de la existencia humana.

El ser humano, aunque roto y dividido por el pecado, está redimido por Cristo. Necesita tomar conciencia de la novedad que es Cristo para la Humanidad. Cristo es la respuesta a las ineludibles preguntas que el hombre tiene planteadas en lo íntimo de su ser transcendente, donde Dios debe ser centro y sentido de toda la Historia, la universal y la personal. Y ser "*adorado en espíritu y verdad"* (Jn 4,24).

---

(1) *Documento de Aparecida,* (Es el Documento conclusivo de la V Conferencia episcopal de los obispos latinoamericanos celebrada en Aparecida, Brasil, del 13 al 31 de mayo de 2007).

(2) *Documento de Puebla* (Es el Documento conclusivo de la III Conferencia episcopal de los obispos latinoamericanos celebrada en Puebla de los Ángeles, México, en marzo de 1979).

(3) *Dei Verbum* (La constitución Dei Verbum es uno de los 16 documentos, y una de las dos constituciones dogmáticas del Concilio Vaticano II donde, según el mismo documento, se expone "la doctrina genuina sobre la divina revelación y sobre su transmisión para que todo el mundo, oyendo, crea el anuncio de la salvación; creyendo, espere, y esperando, ame".)

-13-

LOS PRESBÍTEROS

CONTENIDO DE ESTE CAPÍTULO

-El presbítero en la Iglesia
-Funciones del presbítero
-Vida de los presbíteros
-Necesidad de una conversión continua
-Oír y escuchar
-Pastores de la grey
-Testimonio de esperanza

El presbítero en la Iglesia

Mientras el cristiano laico se ocupa de lo temporal, el *presbítero*, debe ocuparse de lo espiritual, como es la administración de los Sacramentos. Para eso ha sido consagrado por el sacramento del Orden sacerdotal. Igual que los laicos, participa en el ministerio sacerdotal de Cristo por el Bautismo. Pero, su responsabilidad está más directamente vinculada a la *Evangelización*, a través de la predicación.

Presbítero es una palabra de origen griego. Significa *anciano*, no en razón de la edad, sino por la autoridad que ejerce. Un grupo elegido de *ancianos* constituían parte de la autoridad. Eran los *líderes* en el Israel anterior al cristianismo. Ellos tomaban parte en las decisiones políticas y representaban a la gente en lo concerniente a temas de orden moral y espiritual.

Siguiendo la tradición judía, el cristianismo dio también este nombre al responsable de la comunidad. Veamos algunos ejemplos: *"Designaron presbíteros en cada Iglesia y después de hacer oración con ayunos, los encomendaron al Señor en quien habían creído"* (Hch 14,23). *"Conforme iban pasando por las ciudades, les iban entregando, para que las observasen, las decisiones tomadas por los apóstoles y presbíteros en Jerusalén"* (Hch 16,4). *"No descuides el carisma que hay en ti, que se te comunicó por intervención profética mediante la imposición de las manos del colegio de presbíteros"* (1Tim 4,14). *"El motivo de haberte dejado en Creta fue para que acabaras de organizar lo que faltaba y establecieras presbíteros en cada ciudad, como yo te ordené"* (Tit,1,5).

A los *presbíteros* también se les conoce como *sacerdotes*, vocablo muy utilizado, aunque, en rigor, sólo correspondería aplicárselo a Cristo, *Sumo y Eterno Sacerdote*. La Carta a los hebreos dice que Jesús es *"El Pontífice que está sentado a la diestra del trono de la Majestad de los cielos"* (Heb 8,1). Y, más adelante: *"Teniendo, pues, tal Sumo Sacerdote que penetró los cielos -Jesús, el Hijo de Dios- mantengamos firmes la fe que profesamos. Pues no tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, sino probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado. Acerquémonos, por tanto, confiadamente al trono de gracia, a fin de alcanzar misericordia y hallar gracia para una ayuda oportuna"* (Heb 4,14-16). Y, también: *"Cristo ha venido como Sumo Sacerdote de los bienes definitivos"* (Heb 9,11).

Otra palabra muy apropiada es llamar al presbítero *cura*. Palabra latina que significa *cuidar de las almas*. Si bien, esta expresión corresponde sobre todo a quienes ejercen el cuidado de las almas directamente, que son propiamente *los párrocos*, ya que no todos están al servicio de alguna parroquia. En la Latinoamérica se emplea más la palabra *padre*.

Funciones del presbítero

Es ministro de la Palabra. Le incumbe, por consiguiente, proclamar la Palabra, por la predicación. Administrar los sacramentos, como es, presidir la Eucaristía; santificar, impartiendo el perdón de los pecados por el Sacramento de la misericordia, o *confesión*. Rezar Oficio divino, en nombre de todo el pueblo cristiano.

Los presbíteros son rectores del pueblo de Dios. Por lo mismo, debe educar a los fieles para que respondan a la propia vocación y alcancen la madurez cristiana en la caridad. Deben dedicarse, principalmente, a los más pobres, a los jóvenes, a los padres de familia, a los enfermos. Y centrarse en el culto eucarístico. Son colaboradores de los obispos. Su trato con los laicos debe centrarse en promover su dignidad, reconociendo sus carismas. Cuidando al mismo tiempo de los alejados. En una palabra, deben ser auténticos *pastores* que cuiden del rebaño que Cristo les ha confiado.

Vida de los presbíteros

Tanto los presbíteros como los laicos, todos, estamos llamados a la santidad. Por el bautismo, en primer lugar, todos; y por la consagración sacerdotal en el caso de los presbíteros. Un sacerdote que, consciente de su

misión sacerdotal, cumple con dignidad, atrae. El testimonio de vida es fundamental. ¿Cómo no recordar, valga como ejemplo entre muchos otros, al santo Cura de Ars? No sobresalió por su elocuencia, sino por su ejemplo, y por su caritativa atención a los feligreses.

El presbítero necesita estar atento a la búsqueda de la voluntad de Dios. Estar en comunión con la jerarquía, desde una madura libertad. Llevar una vida digna, guardando el celibato como un don de Dios para poder desempeñar su consagración a Dios en bien de las almas. Para lo cual necesita alimentar su vida espiritual, sobre todo por la oración y la Eucaristía. Y su vida cultural por el estudio.

El presbítero se sabe uno más entre sus hermanos los hombres. Como dice el decreto *Presbyterorum ordinis* [(1)]: *"Los presbíteros, tomados de entre los hombres y constituidos en favor de los mismos en las cosas que miran a Dios para ofrecer ofrendas y sacrificios por los pecados, moran con los demás hombres como con hermanos"* (PO,3).

Necesidad de una conversión continua

Todo cristiano pertenece al Pueblo de Dios como miembro de la Iglesia, lo mismo el laico que el presbítero, ya que Dios ofrece la salvación, por igual a todos, por la fe y el bautismo. Pero todos tenemos conciencia de ser pecadores. En consecuencia, también somos conscientes de la necesidad de una conversión continua. Todos. Lo mismo el laico que el cura o presbítero.

La conversión es compromiso con Dios y con la Comunidad eclesial. Es Dios quien llama a todos, presbíteros y laicos, a la conversión. Su llamada es gracia que nos invita a aceptar su Reino. *"Jesús comenzó a proclamar: conviértanse, porque el Reino de los Cielos está cerca"* (Mt 4,17). La llamada a la conversión es para todos: para los más alejados por el pecado, y para quienes no han roto con Dios. Lo expresa muy bien el apóstol Juan: *"Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros"* (1Jn 1,8).

Esta llamada a la conversión nos la hace Dios de varias maneras: Por su Palabra: *"No endurezcan el corazón como en Meribá, como el día de Masá en el desierto"* (Salmo 94,8). Por Cristo: *"Conviértanse y crean en la Buena Noticia"* (Mc 1,15). Y por la Iglesia. Constantemente estamos escuchando la Palabra de Dios en los templos. Y constantemente también, la

jerarquía publica encíclicas y otros documentos que tanto bien nos hacen. Sobre todo, porque nos hacen tomar conciencia de la realidad en que vivimos. ¡Qué hermosa, al respecto, la Encíclica *Laudato si'*! [(2)]. Centrada en el planeta Tierra que habitamos, el papa Francisco hace una defensa valiente de la naturaleza, de la vida animal, y de las reformas energéticas necesarias.

En el subtítulo: *"el cuidado de la casa común"*, el papa hace una fuerte crítica del consumismo y del desarrollo irresponsable. Por citar tan sólo un párrafo: en el capítulo IV, *Deterioro de la calidad de la vida humana y degradación social*, nº 43, dice textualmente: *"Si tenemos en cuenta que el ser humano también es una criatura de este mundo, que tiene derecho a vivir y a ser feliz, y que además tiene una dignidad especialísima, no podemos dejar de considerar los efectos de la degradación ambiental, del actual modelo de desarrollo y de la cultura del descarte en la vida de las personas".*

La conversión es respuesta amorosa a Dios. Abarca todas las dimensiones de la persona: *Es regreso a Dios*: (Joel 2, 11-17). Ese regreso a Dios es *por Cristo en la Iglesia*: (Lc 15, 11-24). La conversión se realiza en un plano sacramental: En el Bautismo y en los demás sacramentos, sobre todo, la Penitencia y la Eucaristía (ver Jn 20,19ss). La conversión nos demuestra la Misericordia de Dios como Padre, manifestada en Cristo por medio de la Iglesia.

Oír y escuchar

En varios pasajes del evangelio se resalta la amistad que Cristo tenía con tres de los apóstoles. Eran sus hombres de confianza. Sus nombres: Pedro, Santiago y Juan.

En cierta ocasión, ya en la proximidad de la pasión, se los lleva a lo alto de una montaña. Probablemente el monte Tabor. Allí Jesús se transfigura, su ropa resplandece de modo deslumbrador. Este episodio lo narran: Mt 17,1-9; Mc 9,2-10; y Lc 9,28-36). El evangelio puntualiza que Jesús está conversando con Elías y Moisés. Misteriosa teofanía. Paroxismo del asombro para los apóstoles, sobre todo para Pedro; éste en el colmo de su asombro exclama: *"Voy a hacer tres tiendas, una para Elías, otra para Moisés y otra para ti".* De él mismo y de sus compañeros ni se acuerda. Expresa su emoción y su confusión: *"Qué bien se está aquí".* Y naturalmente, si se está tan bien, pues nos quedamos aquí, y ya. Pero advierte el evangelio que estaba fuera de sí, que no sabía qué decía.

Se trata, ciertamente, de una experiencia de fe, inenarrable, indescriptible, sorprendente y sorpresiva. Cristo les deja intuir de algún modo, que no ver, su divinidad. Y, por consiguiente, su triunfo sobre la muerte en un futuro muy cercano.

Testigos atónitos, los apóstoles. Pero, curiosamente, en cuanto Pedro toma la palabra, la visión desaparece. Y Cristo los manda descender a la llanura, es decir, volver a la cotidianidad del día a día. Además, les advierte: *"No contéis a nadie la visión, hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos".*

Cabe preguntarse: extraño modo de proceder de Cristo. ¿Por qué no contar una experiencia tan fascinante y única? La respuesta es sencilla. Porque es una experiencia de fe. Y la fe es personal. Se tiene o no se tiene. Es una experiencia personal, la que han vivido en el monte. Y, un adelanto de que van a entender a Cristo a partir de la resurrección.

La fe no es para contarla, es para vivirla. Todo va a cambiar a partir de la resurrección. Entonces estarán todos viviendo la misma experiencia.

En este pasaje, narrado por los tres sinópticos, se oye la voz que dice: *"Éste es mi Hijo amado: escuchadle". Escuchar* no es lo mismo que *oír*. Pongamos un ejemplo: pasa una ambulancia por la calle, oímos el ulular de la sirena, pero nos quedamos impasibles. Tantas veces vemos pasar las ambulancias, y oímos sus sirenas. En cambio, escuchar es poner atención, implicarse en lo que acontece. Con el oído, se oye; con el corazón, se escucha.

Pastores de la grey

El presbítero, hoy más que nunca, necesita ser y sentirse pastor de la grey. Algo en lo que tanto insiste el papa Francisco desde que asumió la responsabilidad de guiar la Iglesia. Él es un verdadero pastor que anima, ante todo, con su ejemplo. Sabe escuchar, una de las cualidades de un buen pastor. Y salir a *las periferias*. El mundo actual está lleno de problemas: violencia, terrorismo, guerras, abusos de los más potentados… Hemos visto al papa Francisco ir, valientemente, al corazón mismo de Irak. Hablar con los dirigentes, y con el sufrido pueblo. Escuchar a unos y otros, y hablar con lenguaje evangélico, recordando a todos el origen de una fe común en Abraham.

Cristianos, judíos, musulmanes, budistas, etc., todos somos hijos del mismo Dios. Creemos en el mismo Dios, aunque lo invoquemos con diversos nombres.

Para poder dialogar, hay que escuchar. Pero se diría que el mundo actual está perdiendo la capacidad de escuchar. El Dios en el que todos creemos es un Dios de amor, Padre de todos. Pero sus hijos no hacemos honor a esta maravillosa realidad. Y lejos de abrir el corazón, es decir, escuchar al otro, lo golpeamos sin piedad. ¿Qué es si no, la violencia, la guerra, la destrucción inmisericorde del legado arqueológico y cultural de nuestros antepasados? ¿Acaso Dios quiere la guerra? ¿Acaso Dios quiere la muerte de gente inocente? ¿Acaso Dios quiere ver masacrados a niños y adultos, en Irak, Irán, el Líbano, Palestina y tantos lugares más? El mandamiento de no matar obliga a todos. Y los políticos son los primeros obligados en hacer que este mandamiento universal se cumpla. Es verdad que el misterio de Dios se nos escapa. Pero también se nos está escapando, no el misterio, sino la realidad tangible del ser humano. ¿No será que nos hemos encerrado en nuestras propias seguridades y egoísmos, que nos impiden acercarnos a los demás, salvo para explotarlos?

En este mundo, cruel y real, es donde el pastor de verdad debe ir al encuentro de la grey, tan necesitada del consuelo material y espiritual.

Testimonio de esperanza

Puesto que el pastor va por delante, guiando el rebaño, debe ser también el primero en dar testimonio de fe, esperanza y caridad. Nos fijamos en la virtud de la *esperanza*. Dice san Pedro: *"Estad siempre prontos para dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiere"* (1Pe 3,15).

Cabalmente, otro papa modelo en dar testimonio de esperanza, fue el muy querido san Juan Pablo II. En la *Dilecti amici* [(3)] (queridos amigos), se dirige a la juventud con motivo del año internacional de la juventud, y lo hace bajo el signo de la esperanza con la citada frase de san Pedro. Es una carta preciosa. Comienza por señalar que la juventud es *un bien especial de todos*. Que *la esperanza está siempre unida al futuro*. Y enfatiza: *cada uno de vosotros es imagen y semejanza de Dios por el hecho mismo de la creación* (cf. Gn 1,26). Toda la Carta es una preciosa catequesis, según les va desgranando a los jóvenes el Evangelio, centrándose y haciendo hincapié en el pasaje sobre *el coloquio de Cristo con el joven,* referido por los evangelistas (Cf. Mc 10, 17-22; Mt 19, 16-22; Lc 18, 18-23).

Tratándose de un papa tan mariano, termina esta preciosa carta, como no podía ser de otro modo, aludiendo al comportamiento de María en el banquete de las bodas de Caná: *"Haced lo que Él os diga"* (Jn 2,5). *"Yo repito estas palabras de la Madre de Dios y las dirijo a vosotros, jóvenes, a cada uno y a cada una: «Haced lo que Cristo os diga». Y os bendigo en el nombre de la Trinidad Santísima. Amén".*

---

(1) *Presbyterorum ordinis,* es un Decreto sobre el Ministerio y la vida de los sacerdotes, elaborado por el Concilio Vaticano II el 7 de diciembre de 1965.

(2) *Laudato si'* es la segunda Encíclica del papa Francisco, firmada el 24 de mayo, solemnidad de Pentecostés, del año 2015.

(3) *Dilecti amici* (Carta apostólica del papa san Juan Pablo II, del año 1985).

-14-

LOS SEGUIDORES DE CRISTO

CONTENIDO DE ESTE CAPÍTULO

-El ser humano
-Quién es Dios
-Destino del ser humano
-Rechazo del pecado
-Conversión
-El lenguaje de Cristo
-Sentir con la Iglesia
-El precepto más importante
-María Madre de la Iglesia

El ser humano

El Evangelio nos presenta a Cristo *"paciente y humilde de corazón"* (Mt 11,29). Nos invita a seguirle, y a que realicemos la labor evangelizadora que él nos indica: *"Id al mundo entero y proclamad la Buena Nueva"* (Mc 16,15). Esto vale tanto para hombres como para mujeres. Sin excepción.

Podemos preguntarnos: ¿Qué es el hombre? Y, la respuesta: el hombre, varón y mujer, *es el centro y cima de toda la Creación*, puesto por Dios en el mundo para gobernarlo y dirigirlo glorificando a Dios. Así se expresa la *Gaudium et Spes* [(1)] (GS 12). Fue creado por Dios a su imagen y semejanza, con capacidad para conocerlo y amarlo (GS 12). Su dignidad consiste en haber sido llamado al diálogo y amistad con Dios (GS 19) y poder así contemplar las obras de la Creación, escuchar la Palabra de Dios, sentirse amado de Dios.

Sin embargo, podemos hacernos una pregunta: El hombre, varón y mujer, ¿es feliz? La respuesta, aunque nos cueste aceptarlo, es: No. ¿Por qué? Porque abusó de su libertad y se apartó de Dios por el pecado. Por lo cual, las limitaciones del ser humano son notorias. Nace indigente, apartado de Dios por el pecado original, inclinado al mal, está lleno de imperfecciones, y necesitado de todo.

Cuando hablamos de subdesarrollo, la primera aplicación recae sobre el hombre. El subdesarrollo conlleva injusticias, falsedad, falta de solidaridad, y no apertura a los valores del espíritu. También aquí cabe una pregunta: ¿Cómo puede el Hombre salir de situación tan lamentable? Y la respuesta al canto: Convirtiéndose y buscando a Dios.

Quién es Dios

Si definimos al hombre, varón o mujer, y decimos que es *el centro y cima de toda la Creación* también hemos de preguntarnos: Y, ¿quién es Dios? La respuesta en este caso nos la da Cristo: *Dios es nuestro Padre*. Nos ha creado a su imagen y semejanza, de Él venimos, Él nos conserva y cuida de nosotros, tanto en el orden natural como en el sobrenatural, porque Dios es la Vida (Jn 1,4) y nos la comunica por Cristo, destinándonos a la eterna felicidad. Para lo cual, Dios nos comunica su felicidad y su amor. Y lo ha hecho creando a los Ángeles, el Cosmos inabarcable, y al Hombre. Pero la mayor prueba de amor nos la da al enviarnos a su propio Hijo como Redentor.

Pero, si nos preguntamos, ¿cómo es Dios? No nos queda más remedio que responder que, en su esencia misma, no sabemos. Dios es un Misterio insondable, e inabarcable, de Amor, en tres Personas distintas: Padre, Hijo, y Espíritu Santo. Seguimos en el misterio. Y más, si pensamos que, siendo uno solo, se presenta, por así decir, en tres Personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Esto lo sabemos a través de Cristo, que es quien lo ha revelado. Es preciso añadir que el concepto de Persona, en sentido bíblico, nada tiene que ver con el concepto de persona en sentido griego.

Por consiguiente, a Dios lo podemos medio entender desde Cristo, puesto que él nos lo ha puesto fácil, al decirnos que es nuestro Padre, que está en los cielos.

Cristo, por lo demás, es el Hijo de Dios, nacido de la Virgen María, *"por obra y gracia del Espíritu Santo"* (Lc 1,26 y siguientes). Se hizo hombre para cumplir la promesa que Dios había hecho en el paraíso terrenal de salvar al Hombre, cuando éste se apartó de Dios por el pecado. *"Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo. Él te aplastará la cabeza y tú le acecharás el talón"* (Gn 3,15). Cristo nació en Belén. Predicó el Evangelio, o Buena Nueva de la Salvación. *"Pasó por el mundo haciendo el bien y curando toda dolencia y enfermedad"* (Hch 10,38). Finalmente, murió en la cruz, resucitando al tercer día. Y, tal como lo había prometido, nos ha enviado al Espíritu Santo el día de la fiesta judía de Pentecostés (Hch 2), dando así oficialidad al nacimiento de la Iglesia, Comunidad de Salvación. Finalmente, al mismo tiempo que se fue junto al Padre el día de la Ascensión, se ha quedado con nosotros, en su Iglesia, de modo particular en el Sacramento de la Eucaristía.

Destino del ser humano

Otro misterio, enormísimo, que tiene que enfrentar el hombre, es la muerte. Tema tabú donde los haya. Sin duda el máximo enigma de la vida humana. Necesitamos esclarecerlo, como creyentes, desde la fe cristiana, como indica la *Gaudium et Spes* (GS 18).

La muerte, vista desde la caducidad de todas las cosas, es algo natural. Pero el ser humano es un ser inteligente. Consciente de tener cuerpo y espíritu. Sabe que no todo muere en él tras la muerte física. Y se pregunta, ya no sólo *de dónde vengo*, sino *a dónde voy*. Quizá sea éste el mejor momento para tomarse en serio la Palabra de Dios. Pero sobre todo a Cristo. Y dar sentido a la muerte. No como finitud, sino como principio de una nueva vida. Comprenderá entonces que la muerte no es un final definitivo, sino un paso necesario para el encuentro definitivo con Cristo, y por Él, con el Padre Dios.

La muerte, humanamente hablando, nos arrebata todas las cosas y, por consiguiente, la vida misma. Pero no la eternidad. La muerte es la última consecuencia del pecado. Sin embargo, el Hombre puede triunfar sobre la muerte, no la muerte física, que entra en los planes de la naturaleza, sino sobre la muerte definitiva, o metafísica, viviendo unido a Cristo Resucitado por medio de los Sacramentos.

Rechazo del pecado

El pecado es, entre tantos otros, un concepto filosófico. Lo conocemos en la práctica por sus resultados catastróficos. Hay que calificarlo como un misterio de iniquidad. Consiste en el rechazo de Dios. Por desgracia, hasta ahí es capaz de llegar la soberbia del ser humano. Todas las injusticias que se cometen a diario derivan generalmente de la soberbia.

Necesitamos preguntarnos: ¿Quién puede librarnos del pecado? Solamente Cristo, que con su Muerte y Resurrección ha triunfado sobre el pecado y nos ha abierto las puertas de la Salvación. Para eso, necesitamos estar arrepentidos. Y acudir al *Sacramento de la Reconciliación*.

Cuando pecamos, lo hacemos en una triple dirección, aunque no seamos conscientes de ello. Ofendemos a Dios. También a los demás. Y, a nosotros mismos. De ahí que la reconciliación abarque también estas tres direcciones.

Conversión

En la vida nos vemos obligados a rectificar muchas veces nuestros comportamientos. Cometemos errores constantemente. Pero, por aquello de que no hay mal que por bien no venga, los errores nos ayudan también a cambiar, rectificar, mejorar.

El Evangelio, y en general del Nuevo Testamento, nos ayuda a enmendar nuestros errores. El Evangelio es luminoso. Hace que nos veamos por dentro con total claridad. La conciencia, por más que se pretenda, jamás logrará esconderse. *"Nada hay que no llegue a saberse"* (Mt 10,26). Pero lo mejor que nos da el Evangelio: que nos ayuda a conocer a Cristo. Conocer su bondad, su compasión, su misericordia. Nos dice que *"Cristo pasó por el mundo haciendo el bien y curando toda dolencia y enfermedad"* (Mt 4,23).

Veamos algunos ejemplos de *compasión* con la desgracia material: Resucita a la hija de Jairo (Mt 9,18-26), sana a la hija de la cananea (Mt 15, 21-28), devuelve la vista al ciego de Jericó (Mt 20, 29-34), cura al leproso (Mt 8,1-4), resucita al hijo de la viuda de Naím (Lc 7,11-17), multiplica los panes (Mc 6,34; 8, 2-9; Mt 14,13; Lc 9,10; Jn 6,1). Etc.

Otros ejemplos. Cristo se compadece también de la desgracia moral: Perdona y protege a la mujer adúltera, contra los que están dispuestos a apedrearla (Jn 8,1-11), y a la samaritana (Jn 4), y a María Magdalena (Lc 7,36-50), y a Pedro, a Zaqueo, y al buen ladrón. Y a tantos y tantos otros.

El lenguaje de Cristo

El lenguaje de Cristo es sencillo, de tal manera que todos puedan entenderle por activa y por pasiva. Habla con el lenguaje llano del pueblo. Se vale de ejemplos, en sus explicaciones, que todos comprenden no sólo en su literalidad, sino en su alcance y significado. Y así, habla de la oveja perdida (Lc 15,3-7), la dracma perdida (Lc 15,8-10), el buen samaritano (Lc 10, 30-37), el hijo pródigo (Lc 15,11-32).

Con su predicación, Cristo pretende que la gente se convierta, cambie, mejore su vida y, sobre todo la valore en su sentido transcendente. Por eso llama a la conversión. Nos llama a todos a vivir unidos, a que nos amemos, a que nos perdonemos. Y nos enseña la preciosa oración del *Padrenuestro*. Una oración que siempre está en plural. Porque todos somos hijos de Dios.

Nos invita a alimentarnos de él en el sacramento de la Eucaristía. Y a que demos el verdadero culto a Dios, santificando el Día del Señor, el Domingo.

Sentir con la Iglesia

Seguramente que nos habremos encontrado más de una vez con personas cristianas, seguramente buenas como personas, pero que, o no saben, o confunden lo que la Iglesia es. Piensan que la Iglesia son los templos, las grandes catedrales. Quien así piensa, confunde la Iglesia, *construida con piedras vivas* (1Pe 2,4-9), con los templos materiales, también llamados iglesias.

De esta manera, es difícil sentirse Iglesia. Para sentirse Iglesia, antes hay que conocerla. Saber qué es. Pues bien, la Iglesia, como la define el Concilio Vaticano II en la *Lumen Gentium* [(2)] (LG 1), es el *Sacramento de la Salvación*, es decir, la realidad de un Pueblo, todavía pecador, pero que posee en arras la salvación, porque es la extensión del Cuerpo de Cristo. Es decir, la Iglesia es la culminación del designio salvador de Dios. En otras palabras, la Iglesia es el mismo Cristo prolongado en el tiempo por medio de sus seguidores, los cristianos.

Nos dice también la *Lumen Gentium* que la Iglesia fue prefigurada desde el comienzo del mundo (LG 2), preparada en *la Historia del Pueblo de Israel*, constituida en los últimos tiempos por Cristo, manifestada por la efusión del Espíritu Santo. Y que se perfeccionará gloriosamente al fin de los tiempos.

Cristo nos ayuda a comprender esta hermosa realidad de la identidad de la Iglesia, a base de parábolas. Por ejemplo, compara a la Iglesia con *el redil cuya única puerta es Cristo* (Jn 10,1-10), con *el rebaño cuyo pastor es Cristo* (Jn 10), con *una viña* donde todos estamos llamados a trabajar (Jn 15, 1-8), con *la Nueva Jerusalén* (Gál 4,16; Ap 12,17), con *la esposa* (Ef 5,27), con *el Reino de Dios* (Mc 1,15; Mt 4,17), con *una semilla* (Mc 4,14), con *la levadura* (Mt 13,33), etc.

Para conocer la naturaleza íntima de la Iglesia, tengamos en cuenta que Cristo la fundó sobre la base de los Apóstoles. Esto significa, como queda dicho, que es el mismo Cristo, prolongado en el tiempo a través de los cristianos, quien constituye la Iglesia como Comunidad de Fe, de Culto y de Amor, bajo el poder y guía del Espíritu Santo.

Estando formada por Cristo y los cristianos, para ser una Comunidad de Salvación universal, la Iglesia tiene unas características propias. Es: *Una, Santa, Católica, y Apostólica.* Está dirigida, en nombre de Cristo, por el Papa y los Obispos que, junto con los Sacerdotes, Religiosos y Laicos, o Seglares, *formamos un Cuerpo cuya Cabeza es el mismo Cristo* (1Cor 12,12, y 12,27).

Tal vez haya alguien que se pregunte qué significa la palabra *Papa*. Algunos dicen que significa padre. Sin embargo, la expresión *Papa* está formada por las siglas de la frase latina: *"**P**otestatem **A**ccipiens **P**etri **A**póstoli"* (traducido: *que recibe la autoridad del Apóstol Pedro*). Al Papa también se le suele nombrar como *Vicario de Cristo*. Históricamente, el Papa es el sucesor del primer Apóstol, Pedro, puesto directamente por Cristo: *"Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia"* (Mt 16,18). También le dice: *"Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas"* (Jn 21,15s).

El precepto más importante

El mandamiento constitutivo de la Iglesia es el amor: *"Amaos unos a otros como yo os he amado"* (Jn 13,34). Es el precepto más importante para el cristiano. Es la contraseña de que el amor de Dios está en nosotros.

En la práctica, sabemos que no siempre es fácil amarse. Pero es el Espíritu Santo quien actúa en la Iglesia, unificando a los cristianos. A pesar de la diversidad de dones todos estamos unificados en la única fuerza de trabajo y de unión que es el Espíritu Santo (Ef 4,7-16).

La Eucaristía, sacramento de unidad, de salvación, y de vida, nos une a todos como hijos del mismo Padre Dios. Nos unifica a todos en el amor. Siendo el Amor cristiano la fuerza viva de la Iglesia, no tiene límites ni fronteras. Es el gran signo de los verdaderos seguidores de Cristo y de su presencia en el mundo.

Esa presencia debe hacerse realidad comenzando por la propia familia. La familia, formada por el padre, la madre y el hijo, o hijos, es en realidad una especie de trinidad, que nos recuerda la Trinidad de Dios: Padre, Hijo, y Espíritu Santo.

De ahí, la sacralidad de la familia cristiana: se parece a Dios. Es una, y al mismo tiempo forma una trilogía, formada por los padres y los hijos, bajo la fuerza del Sacramento del Matrimonio. La Familia es fecunda, creada para la expansión de la raza humana, y es Santa, por su origen y por su fin. Y, al mismo tiempo, es un signo de Cristo. Fue Cristo quien la elevó a la

dignidad sacramental para ser signo de su amor a la Iglesia. La Familia cristiana se realiza dentro y a semejanza de la Iglesia. Es fecunda, como la Iglesia, y es, como la Iglesia, una comunidad donde se vive la Fe, se celebra el Culto, se vive el Amor.

Por eso, los padres han de ser para los hijos los primeros predicadores de la Fe (LG 11), bajo ese clima de amor, de oración en familia, y de la presencia viva de Cristo en el hogar.

Bien sabemos la importancia que tiene la madre en el hogar. Suele decirse que, *madre sólo hay una*. Quizá convendría corregir la frase y decir que, *madre sólo hay dos*. Quiere decir que, junto a Cristo no podemos olvidar a su Madre, *la Santísima Virgen María*. Es la Mujer elegida por Dios para ser la Madre de Cristo, nuestro Divino Redentor. En la Biblia aparece como la Mujer en la que se cumplen todas las esperanzas de Salvación. Prefigurada en las relevantes Mujeres del Antiguo Testamento, María está plasmada, bellísimamente, en las páginas del Nuevo Testamento. Ella es *la llena de Gracia, la bendita entre todas las Mujeres* (Lc 1,28 y Lc 1,42). Dios está en Ella. En Ella se encarnó Cristo el Hijo de Dios.

María Madre de la Iglesia

¿Por qué decimos que es Madre de la Iglesia? Porque fue la primera en recibir el mensaje de la Salvación. Porque estuvo presente en el nacimiento oficial de la Iglesia el día de Pentecostés. Porque estuvo asociada a Cristo en la Obra de la Redención. Y porque el mismo Cristo nos la entregó por Madre estando clavado en la Cruz (Jn 19,26).

Como hijos, es nuestro deber para con Ella, amarla, imitarla, venerarla, invocarla.

---

(1) *Gaudium et Spes,* Constitución del Concilio Vaticano II. Trata sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo.

(2) *Lumen Gentium,* (Cristo luz de los pueblos). Constitución del Concilio Vaticano II.

AL CIERRE

Al cierre de estas cuantas reflexiones teológicas, redactadas pensando sobre todo en las personas que, por el motivo que sea, no tienen acceso a los grandes, o pequeños, tratados de la Teología, he creído oportuno insertar la homilía del papa Francisco en la Vigilia Pascual de este año 2021.

Francisco es un papa sabio, inteligente, cercano, un verdadero pastor que, con palabras y lenguaje que todos entienden, sabe hacer fácil lo difícil. Por eso llega tanto a la gente al trasmitir el mensaje.

HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

en la Vigilia Pascual 3 de abril de 2021

«Las mujeres pensaron que iban a encontrar el cuerpo para ungirlo, en cambio, encontraron una tumba vacía. Habían ido a llorar a un muerto, pero en su lugar escucharon un anuncio de vida. Por eso, dice el Evangelio que aquellas mujeres estaban «asustadas y desconcertadas» (*Mc* 16,8), estaban asustadas, temerosas y desconcertadas. Desconcierto: en este caso es miedo mezclado con alegría lo que sorprende sus corazones cuando ven la gran piedra del sepulcro removida y dentro un joven con una túnica blanca. Es la maravilla de escuchar esas palabras: «¡No se asusten! Aquel al que buscan, Jesús, el de Nazaret, el crucificado, resucitó» (v. 6). Y después esa invitación: «Él irá delante de ustedes a Galilea y allí lo verán» (v. 7). Acojamos también nosotros esta invitación, *la invitación de Pascua*: vayamos a Galilea, donde el Señor resucitado nos precede. Pero, ¿qué significa "ir a Galilea"?

Ir a Galilea significa, ante todo, *empezar de nuevo*. Para los discípulos fue regresar al lugar donde el Señor los buscó por primera vez y los llamó a seguirlo. Es el lugar del primer encuentro y el lugar del primer amor. Desde aquel momento, habiendo dejado las redes, siguieron a Jesús, escuchando su predicación y siendo testigos de los prodigios que realizaba. Sin embargo, aunque estaban siempre con Él, no lo entendieron del todo, muchas veces malinterpretaron sus palabras y ante la cruz huyeron, dejándolo solo. A pesar de este fracaso, el Señor resucitado se presenta como Aquel que, una vez más, los precede en Galilea; los precede, es decir, va

delante de ellos. Los llama y los invita a seguirlo, sin cansarse nunca. El Resucitado les dice: “Volvamos a comenzar desde donde habíamos empezado. Empecemos de nuevo. Los quiero de nuevo conmigo, a pesar y más allá de todos los fracasos”. En esta Galilea experimentamos el asombro que produce el amor infinito del Señor, que traza senderos nuevos dentro de los caminos de nuestras derrotas. El Señor es así, traza senderos nuevos dentro de los caminos de nuestras derrotas. Él es así y nos invita a ir a Galilea para hacer lo mismo.

Este es **el primer anuncio de Pascua** que quisiera ofrecerles: ***siempre es posible volver a empezar***, porque siempre existe una vida nueva que Dios es capaz de reiniciar en nosotros más allá de todos nuestros fracasos. Incluso de los escombros de nuestro corazón —cada uno de nosotros los sabe, conoce las ruinas de su propio corazón—, incluso de los escombros de nuestro corazón Dios puede construir una obra de arte, aun de los restos arruinados de nuestra humanidad Dios prepara una nueva historia. Él nos precede siempre: en la cruz del sufrimiento, de la desolación y de la muerte, así como en la gloria de una vida que resurge, de una historia que cambia, de una esperanza que renace. Y en estos meses oscuros de pandemia oímos al Señor resucitado que nos invita a empezar de nuevo, a no perder nunca la esperanza.

Ir a Galilea, en segundo lugar, significa *recorrer nuevos caminos*. Es moverse en la dirección opuesta al sepulcro. Las mujeres buscaban a Jesús en la tumba, es decir, iban a hacer memoria de lo que habían vivido con Él y que ahora habían perdido para siempre. Van a refugiarse en su tristeza. Es la imagen de una fe que se ha convertido en conmemoración de un hecho hermoso pero terminado, sólo para recordar. Muchos —incluso nosotros— viven la “fe de los recuerdos”, como si Jesús fuera un personaje del pasado, un amigo de la juventud ya lejano, un hecho ocurrido hace mucho tiempo, cuando de niño asistía al catecismo. Una fe hecha de costumbres, de cosas del pasado, de hermosos recuerdos de la infancia, que ya no me conmueve, que ya no me interpela. Ir a Galilea, en cambio, significa aprender que la fe, para que esté viva, debe ponerse de nuevo en camino. Debe reavivar cada día el comienzo del viaje, el asombro del primer encuentro. Y después confiar, sin la presunción de saberlo ya todo, sino con la humildad de quien se deja sorprender por los caminos de Dios. Nosotros tenemos miedo de las sorpresas de Dios, normalmente tenemos miedo de que Dios nos sorprenda. Y hoy el Señor nos invita a dejarnos sorprender. Vayamos a Galilea para descubrir que Dios no puede ser depositado entre los recuerdos de la infancia, sino que está vivo, siempre sorprende. Resucitado, no deja nunca de asombrarnos.

Luego, **el segundo anuncio de Pascua**: la fe no es un repertorio del pasado, Jesús no es un personaje obsoleto. **Él *está vivo, aquí y ahora*.** Camina contigo cada día, en la situación que te toca vivir, en la prueba que estás atravesando, en los sueños que llevas dentro. Abre nuevos caminos donde sientes que no los hay, te impulsa a ir contracorriente con respecto al remordimiento y a lo "ya visto". Aunque todo te parezca perdido, por favor déjate alcanzar con asombro por su novedad: te sorprenderá.

Ir a Galilea significa, además, *ir a los confines*. Porque Galilea es el lugar más lejano, en esa región compleja y variopinta viven los que están más alejados de la pureza ritual de Jerusalén. Y, sin embargo, fue desde allí que Jesús comenzó su misión, dirigiendo su anuncio a los que bregan por la vida de cada día, dirigiendo su anuncio a los excluidos, a los frágiles, a los pobres, para ser rostro y presencia de Dios, que busca incansablemente a quien está desanimado o perdido, que se desplaza hasta los mismos límites de la existencia porque a sus ojos nadie es último, nadie está excluido. Es allí donde el Resucitado pide a sus seguidores que vayan, también hoy nos pide de ir a Galilea, en esta "Galilea" real. Es el lugar de la vida cotidiana, son las calles que recorremos cada día, los rincones de nuestras ciudades donde el Señor nos precede y se hace presente, precisamente en la vida de los que pasan a nuestro lado y comparten con nosotros el tiempo, el hogar, el trabajo, las dificultades y las esperanzas. En Galilea aprendemos que podemos encontrar a Cristo resucitado en los rostros de nuestros hermanos, en el entusiasmo de los que sueñan y en la resignación de los que están desanimados, en las sonrisas de los que se alegran y en las lágrimas de los que sufren, sobre todo en los pobres y en los marginados. Nos asombraremos de cómo la grandeza de Dios se revela en la pequeñez, de cómo su belleza brilla en los sencillos y en los pobres.

Por último, **el tercer anuncio de Pascua**: **Jesús, el Resucitado, nos ama sin límites** y visita todas las situaciones de nuestra vida. Él ha establecido su presencia en el corazón del mundo y nos invita también a nosotros a sobrepasar las barreras, a superar los prejuicios, a acercarnos a quienes están junto a nosotros cada día, para redescubrir la *gracia de la cotidianidad*. Reconozcámoslo presente en nuestras Galileas, en la vida de todos los días. Con Él, la vida cambiará. Porque más allá de toda derrota, maldad y violencia, más allá de todo sufrimiento y más allá de la muerte, el Resucitado vive y el Resucitado gobierna la historia.

Hermana, hermano si en esta noche tu corazón atraviesa una hora oscura, un día que aún no ha amanecido, una luz sepultada, un sueño destrozado, ve, abre tu corazón con asombro al anuncio de la Pascua: "¡No tengas miedo, resucitó! Te espera en Galilea". Tus expectativas no quedarán

sin cumplirse, tus lágrimas serán enjugadas, tus temores serán vencidos por la esperanza. Porque, sabes, el Señor te precede siempre, camina siempre delante de ti. Y, con Él, siempre la vida comienza de nuevo».